

El Ruedo



1⁵⁰
Pts



ANTONIO CASERO

Brindo por usía

El Puñado



EL DOMINGO, EN VALENCIA

ALTERNATIVA DEL CHONI

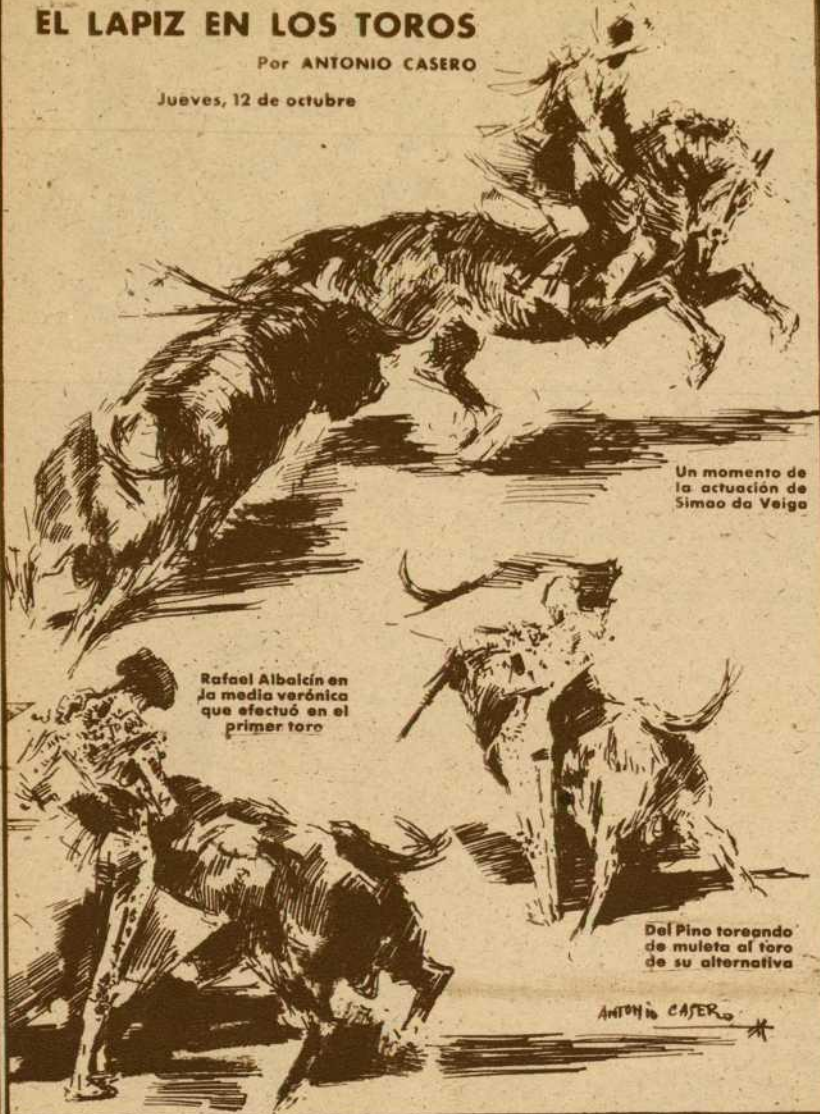
El momento en que el nuevo matador de toros recibe el título de "doctor", de manos de Manolete

(Fot. VIDAL)

EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por ANTONIO CASERO

Jueves, 12 de octubre



Un momento de la actuación de Simao da Veigo

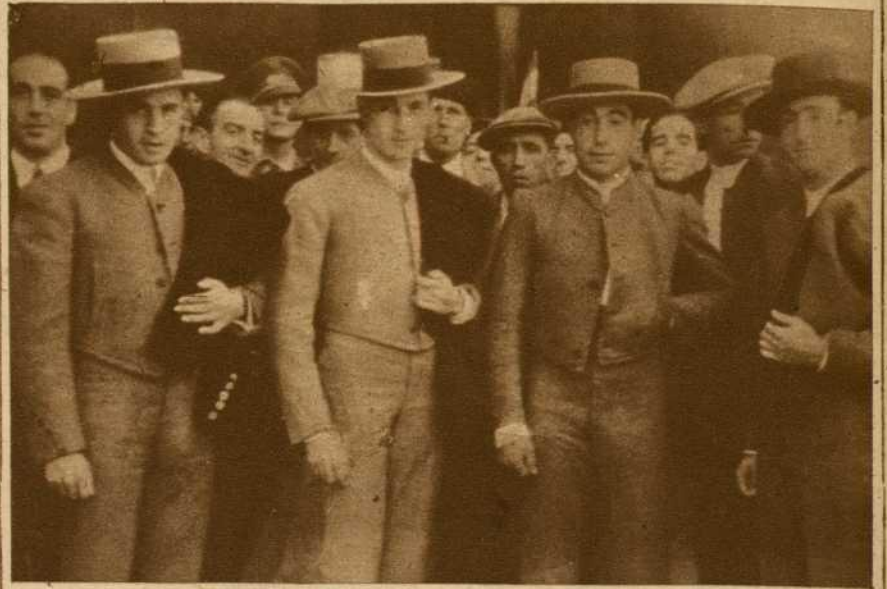
Rafael Albacín en la media verónica que efectuó en el primer toro

Del Pino toreando de muleta al toro de su alternativa

ANTONIO CASERO

FESTIVAL TAURINO EN MADRID

Valencia III, Angel Luis Bienvenida, Angelete y Paco Lara



Paco Lara, Angel Luis Bienvenida, Valencia III y Angelete, momentos antes de hacer el paseillo



Angelete brindando



Angel Luis en su brindis



Arriba: Angelete en un pase
Abajo: Paco Lara en su intervención



Arriba: Angel Luis en un pase
Abajo: Valencia toreando a su bicho. (Fotos Manzano.)

GANADERIA DEL HOYO DE LA GITANA



SEÑAL: Punta de lanza en las dos orejas.

DIVISA: Encarnada y amarilla.

Hierro

Esta ganadería, que poseen los hijos de don Alipio Pérez Tabernero, la han creado con vacas de Arturo Sánchez, procedentes de Trespalacios y de don Alipio Pérez T. de Sanchón, y sementales de las mismas ganaderías



Magnífico ejemplar de la ganadería del Hoyo de la Gitana



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -- Madrid, 18 de octubre de 1944 -- Núm. 19

Manolo Cortés

Ya no era torero el novillerito cuando la muerte se lo llevó. Dejó de serlo la tarde aquella—reciente está la fecha—en que, para salvarle, le amputaron la pierna. Terrible decisión la de la ciencia, que no vió otro medio para dar la vida que se escapaba entre vaho de gangrena, y, como trágico remedio, recurre al último extremo quirúrgico. Con la pierna amputada acabó el sol de gloria y el ansia de triunfo del apenas hombre de seda y oro.

No es todo brillo en el cañal de la fiesta. Ni todo palmas, ni alegría de triunfador. No todo sueños de riquezas, ni ojos de mujer enamorada. En el cara y cruz del peligro, a Manolo Cortés, ¡pobre torerito caído!, le tocó perder para siempre. Su cuerpo pequeño, de mozo ilusionado, reposa ya en tierra cristiana; su corazón inmenso de valiente será como un rojo clavel que perfumará eternamente su tumba valenciana.



Manolo Cortés con su madre. La foto está hecha horas antes de ocurrir la muerte del infatunado novillero

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Y así, como habrán leído ustedes, terminó la temporada madrileña, la segunda temporada, para la que nos prometían tantos días felices. Como ni siquiera se dibujó, ni por consolación, el anuncio de alguna novillada apañada, nos conformaremos con el atractivo festival, que comenzará a celebrarse cuanto estas cuartillas vayan camino de la imprenta, y algún otro que pueda surgir, ¡hasta el año que viene!

Esto lo digo ahora con pena. Nos ocurre a los aficionados tozudos, que llegamos al har-

tazgo, al cansancio, que estamos deseando que se acabe la temporada, y cuando la vemos acabada de verdad sentimos la misma nostalgia que cuando se aleja de nuestro lado un huésped entrañable con el que tuvimos roces y contratiempos como inevitables secuelas de la convivencia.

La feria zaragozana, a punto de terminarse en estos instantes que escribo, ha tenido, en ocasiones, toros, según lo leído en crónicas, aunque fueran de las dehesas de Salamanca y pese a todos los augurios, incluso los propios, y ha tenido casi tantos toreros como los anunciados en carteles. Ha sido una lástima que no haya participado en tan famosa feria Carlos Arzuza, porque se habrían puesto de relieve muchas cosas que los aficionados españoles debían tener bien presentes.

El pundonoroso y valiente diestro valenciano Manuel Cortés rindió, al fin, su vida en holocausto de esta fiesta tan traída y llevada ahora a causa del "toro". Por lo leído, bastó un tropezón y un novillo para provocar el trágico desenlace, precedido de los más cruentos dolores e incruentas amarguras y desesperanzas a lo largo de dos semanas que mediaron entre la cogida y la muerte. En todas las corridas celebradas el domingo los diestros hicieron el paseo montera en mano, según costumbre en días luctuosos, y digo...

Digo que eso está muy bien, que ese último tributo al compañero muerto en la arena—en esa arena que resume el dolor y la gloria de todos—tiene una singular emoción definidora de la heroica fiesta: pensar no en la tragedia ocurrida, sino en la que de un momento a otro puede ocurrir.

Se arrapie uno entonces de ser "torista", de pedir, de exigir el toro; pero tras una breve meditación viene el des arrepentimiento. Los toros, por ser más grandes, no dan más ornadas y aportan mayores emociones y bellezas a las distintas suertes, contribuyendo al máximo lucimiento de los diestros que las ejecutan.

Brillante resultó la fiesta de la alternativa de El Chonl en la Plaza valenciana, tanto para el nuevo matador como padrino y testigo, que obtuvieron los máximos galardones. Buen principio de carrera, con la sola adversidad de que desemboque en el silencio y olvido provisional del invierno.

Están ya congeladas las carteleras de los semanarios taurinos, y cuando leemos los cuatro o cinco programas anunciados para ferias tardías, como Jaén, Gerona y Huerca-Overa, instintivamente nos llevamos las manos al cuello, como para alzar el del abrigo. Y sentimos un leve escalofrío.

CARTEL del jueves en Madrid

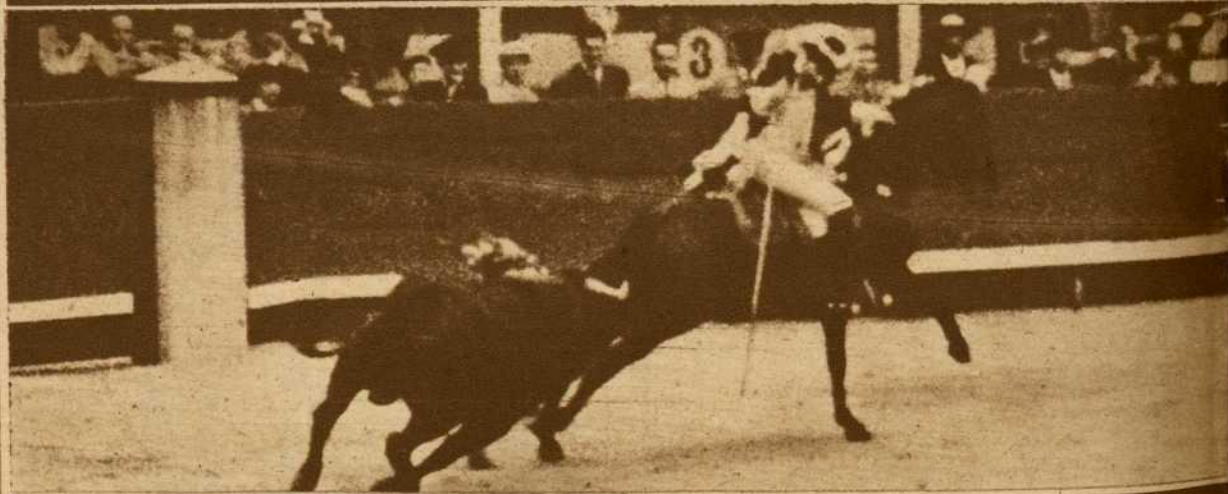
La corrida se suspendió a causa de la lluvia cuando se habían lidiado solamente tres toros



Dos momentos del acto de confirmación de la alternativa de Del Pino



Del Pino, Albaicín y Gallito en el callejón momentos antes de dar comienzo el festejo que había de suspenderse después de matar el segundo de lidia ordinaria



Simao da Veiga, en su intervención con el novillo de Montalvo, corre delante de éste, adornándose con el rejón



El caballero portugués clava un rejón



Simao clavando un par de banderillas a dos manos

SEIS de doña Enriqueta de la Cova para Gallito, Miguel del Pino y Rafael Albaicín

Simao da Veiga rejoneó un novillo de Montalvo



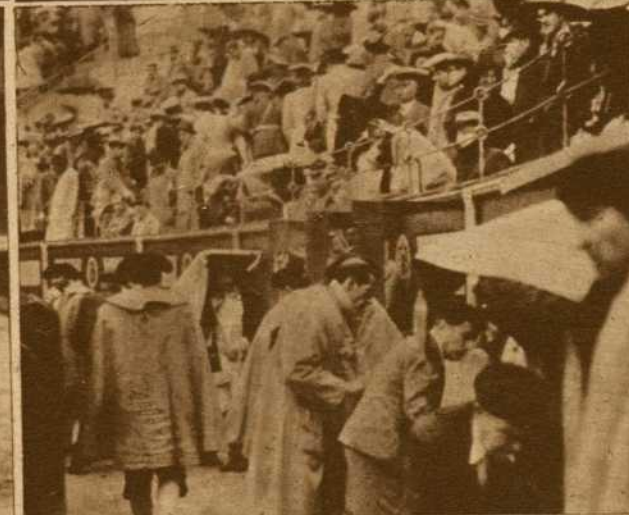
Del Pino en un pase ayudado por bajo con la derecha



Los matadores, al habla con las autoridades



Gallito torea a la verónica al toro único que mató



Las cuadrillas recogen los avíos ante la lluvia



La verónica de Albaicín en uno de los quites en que únicamente pudo intervenir



Del Pino en un natural con la izquierda al segundo de la tarde (Fotos Mari, Baldomero y Manzano.)

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Gallito y Del Pino en el callejón

LA tarde del domingo sin toros nos la pasamos mirando con sobresalto al reloj, creyendo que vamos a llegar a la corrida después de empezada.

Nos habíamos acostumbrado ya tanto a asociar los toros a la tarde de fiesta, que nos tomamos el café de prisa y guardamos el cigarro puro para encenderlo en el tendido. Estamos desconcertados, desorientados y vagamos por la ciudad como si nos hubiéramos quedado sin entrada.

El primer domingo sin toros es—aunque otra cosa digan los calendarios—el primer domingo de invierno.

Ahora nos damos cuenta de la alegría inaugural que siempre encierra el pasaje de las cuadrillas y del resplando de sol que guardan los caireles y los alamares.

¡Qué importa que haya viento, si no va a deslucir ninguna faena!

Los banderilleros, con las dobles batutas de los rihletes, dirigen la gran orquesta de la emoción. Sin ese fabuloso concierto, ¡qué tristeza tan silenciosa!

Pensamos en las puertas cerradas de la Plaza y en el camino de las Ventas cruzado de entierros. Seguramente habrá llegado hasta allí algún vendedor de agua despistado y se habrá quedado con su botijo inútil, en la gran explanada vacía, como un excursionista que hubiera perdido la merienda o como un viajero sin tren.

Los alguacillos saldrán de paseo en sus caballos para no perder la costumbre y saludarán ceremoniosamente a los conocidos, echando mucho de menos las plumas en sus sombreros.

El domingo sin toros sólo puede salvarse haciendo repaso de las grandes faenas que se han contemplado... en provincias. O yendo al fútbol y gritando ¡olé! a los jugadores, como si los balones tuvieran cuernos.

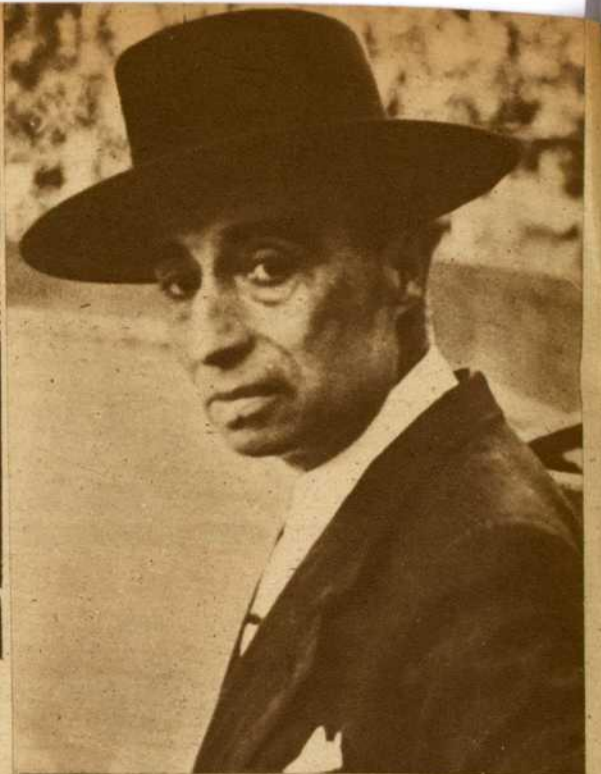
Al mozo de estoques no le habrá preguntado el matador si va a llover con ganas de que, efectivamente, llueva.

Después de comer es irreprimible el deseo de perar un taxi desahogado para que nos lleve a la Plaza. Una vez dentro del vehículo le damos una dirección cualquiera. Pero era nuestro subconsciente de aficionados el que nos empujaba a subir al coche, para no llegar tarde y escuchar, sin ver, la lidia del primer toro ante esa puerta cerrada donde des-



Del Pino a su llegada a la Plaza

Los grandes mentirosos dirán al anochecer: «Estuve en la corrida... ¡Chico, qué aburrimiento...!» Y cuando alguien les responda: «Pero si hoy no hubo toros!» descubrirán el engaño en que tuvieron a sus contentillos durante toda la temporada.



Juanito Belmonte brinda su toro a El Gallo y lo abraza antes de comenzar la faena.—A la derecha e izquierda, Juan Belmonte y El Gallo

FESTIVAL TAURINO

LOS "VIEJOS" EN VALENCIA



Rafael Gómez, el Gallo, y Juan Belmonte dan la vuelta al ruedo, con la oreja que cortaron



Juan Belmonte toreando al becerro con la muleta



El Gallo brindando.—Abajo: Juan Belmonte y El Gallo, en el festival que tomaron parte (Fots. Vidal.)

El sábado se celebró en la Plaza de Toros de Valencia un festival a beneficio de Rafael Gómez, el Gallo, que en esta tarde hacía su despedida de los ruedos de España. Al magno acontecimiento contribuyeron Juan Belmonte, Luis Miguel Dominguín, Sánchez Mejías, Manolo Martín Vázquez y el propio homenajeado, que tuvo un triunfo en la lidia del becerro. Pese a los muchos años del maestro, El Gallo hizo cosas que entusiasmaron a la numerosa concurrencia, y los "viejos" dejaron cátedra de torear. Ruidosas ovaciones se tributaron a las dos "viejas figuras del toreo andaluz", quienes toda la tarde se mostraron hábiles matadores. El Gallo, con su figura pinturera, atrajo todas las simpatías, y el festival constituyó un gran éxito.

El Gallo, en un momento "gitano", tarea al becerro con la muleta a la espalda



CARTEL DE BARCELONA

RESEÑA

BARCELONA 15. (De nuestro corresponsal Subirán.) Se hace el paseillo con brazaletes negros los diestros en memoria del malogrado novillero Manolo Cortés.

Primero.—Bachiller. Tres varas con suavidad y un buen quite de Parrita de frente por detrás y otro por faroles del Niño de la Palma.

Parrita se encuentra con un borrego ideal y saca unos buenos estatuarios y naturales con la zuda. Un pinchazo sin soltar y una entera en buen sitio. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Se aplaude al novillo en el arrastre.

Segundo.—Berreña. Pasa con dos varas, quitando el Andaluz y verónicas de Aguado en el suyo.

Andaluz lo toma de muleta con buenos pases por alto, y acaba con manoleínas. Una caída y trasera, un pinchazo hondo, otro igual y media, que bastan.

Palmas, que el matador convierte en vultix al ruedo, y aplausos para el estado.

Tercero.—Mético. Tres varas y un quite a la verónica de Aguado. Tres pares pésimos. Aguado hace faena reposada a base de naturales, izquierdistas y manoleínas. Se le cogota el bicho y abreva con una, que hasta de efectos rápidos. (Aplausos para el murube y para su matador.)

Cuarto.—Naboso. Quitas lucidos del Niño por chiquelinos. El de la Palma se encuentra sin toro a la hora de matar. Pasa a ello, le hace faena ferocísima y mandona, con mucho favor, naturales, por alto y aforolados. Una entera desprendida, y hay ovación y vuelta, incluso para don Cayetano (padre), que está en el 10.

Quinto.—Bilbaíno. Pasa con dos varas. En quites, Parrita de frente por detrás y el Niño por verónicas.

Parrita hace faena valentona y de cerca, pero sin mandar. En un achuchón se encorajina y tira de naturales con la izquierda; pero sufre una aparatosa cogida, de la que saca la taleguilla hecha tiras. Media bien puesta, y se ovaciona con vuelta.

Sexto.—Andamuchó. Andaluz lo fija enormemente. En quites vuelve a veronicear y le tocan la música. Tres varas, la última de más.

Brinda al público Andaluz II y hace un faenón variado con temple. Pases por alto, naturales, molinetes, de pecho y aforolados.

Los pinchazos en hueso y una casi entera, que hace doblar. (Ovación, creja y vuelta.)

Séptimo.—Benemérito.

Aguado no tiene enemigo y quiere lucirse inútilmente. Cuando se convence abreva con un pinchazo sin soltar, otro hondo y certero descabello. (Palmas.)

Octavo.—Bigotudo. Sólo una vara para no matarlo, pues el bicho no puede con el rabo. Un quite del matador apreciable, que no se agradece. El Niño se muestra valiente con la muleta y acaba atrevelado. Media delantilla con derrame, que mata. (Aplausos.)

JUICIO CRITICO

Fue ésta la novillada de la melancolía; bien planeada, pero mediocremente resuelta. Se inició con una losa marmórea impresionante, con lutos en los caireles, dolorosamente; en el ánimo de todos, el pobre Manolo Cortés.

Cosó romper el hielo, y cuando casi lo habíamos conseguido, se volvió a soldar. El ganado, bravo, de casta, tercidillo, muy a modo para cubrir el escándalo, salió blando y se acabó en las varas. No podía esperarse otra cosa habiéndoles desencionando el sábado, a las seis y media, del tren. Pero algo sacamos en limpio, al menos: la brevedad, pues los ocho fueron enviados al desolladero en poco más de hora y media.

Andaluz II fué la nota más destacada del cuarteto de matadores. Quedó bien en su primero y magníficamente con el segundo, del que cortó la oreja. Con la capicheira está muy enterado, así como con la muleta, y es otro novillero puntero para la temporada que viene.

También causó muy buena impresión el Niño de la Palma, pues tiene mucho del toro ronfleño de su progenitor. Ovacionado en su primero, nada pudo hacer con el que cerró plaza. Una cabrita, a la que quiso hacer faena poniéndolo él todo. Hay que verlo con ganado de más peso.

Parrita y Aguado de Castro quedaron bien, repitiendo exactamente lo mismo que les hemos visto hacer durante toda la temporada. Nada han ganado ni nada han perdido en el cartel que aquí tienen.

Parrita no pudo aprovechar la bravura de su primero y dió la vuelta en su segundo.

Los murubes de don Luis Vallejo hubieran sido unas yemas de San Leandro de haber podido quedar unidas en los chiqueros. No fueron éstos los toros hechos y derechos que probaban los carteles.

Peso de los novillos: 233, 177, 197, 192, 217, 234, 205 y 174.

OCHO novillos de D. Luis Vallejo Alba, para PARRITA, ANDALUZ II, AGUADO DE CASTRO y el NIÑO DE LA PALMA



Las cuadrillas que tomaron parte en la novillada de Barcelona, al hacer el paseo



Parrita en un estatuario pase por alto en su primer toro



Andaluz II, en la corrida de Barcelona, toreando por naturales con la izquierda



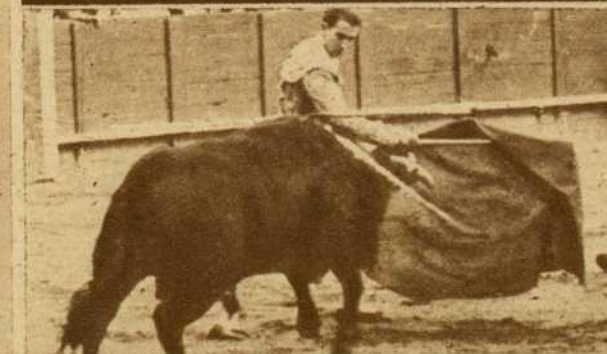
Aguado de Castro, iniciando la faena con la derecha, dando pases en redondo



El Niño de la Palma (hijo), que actuó en Barcelona, en la faena de su primero, con pases por alto



El diestro Niño de la Palma se adorna con la capa en su segundo de la corrida de Barcelona

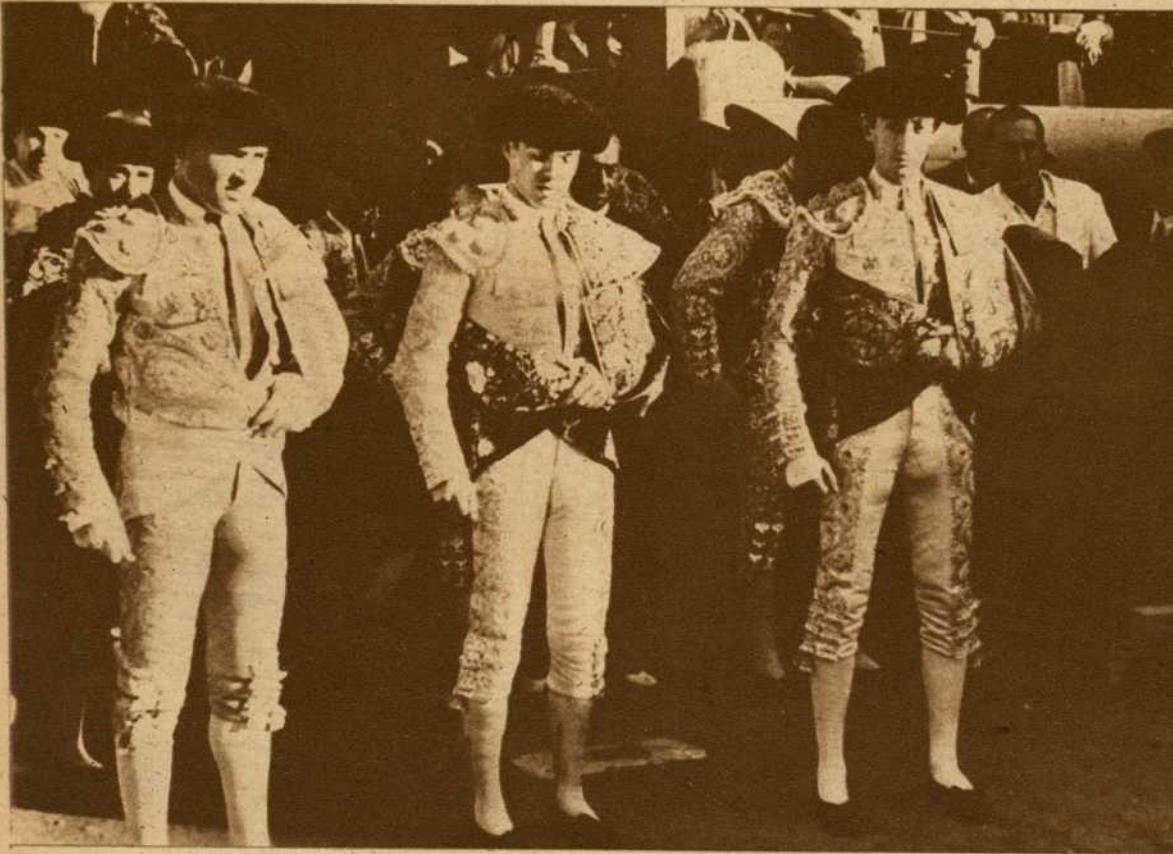


Parrita, con la muleta en la derecha, comienza la faena al último toro con un pase por alto



Andaluz II, en uno de los pases naturales que dió a su segundo toro, en el que cortó la oreja (Fots. Claret.)

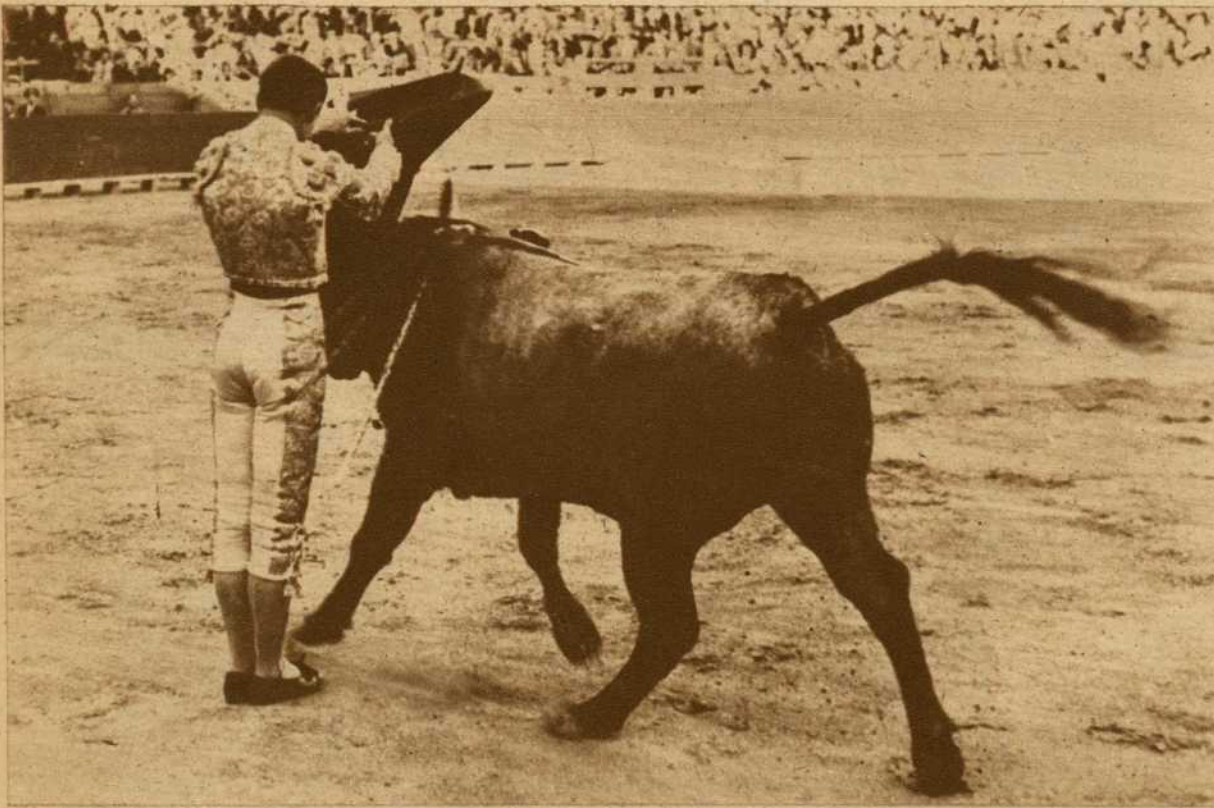
CARTEL DE VALENCIA



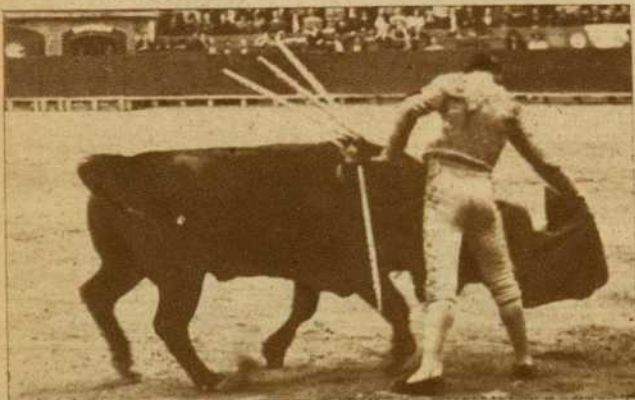
El Andaluz, El Choni y Manolete, antes de hacer el paseillo, en la corrida de Valencia



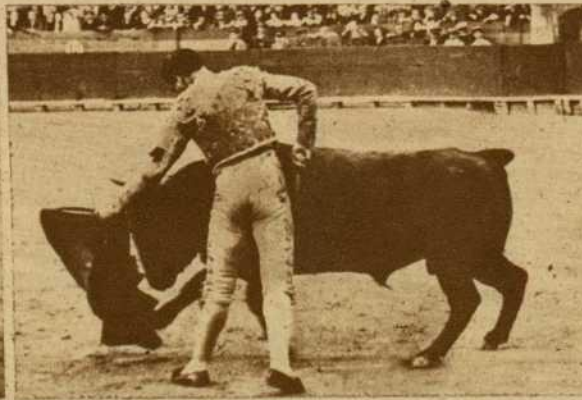
Después de cambiar los trastos de matar, Manolete, que dió la alternativa a El Choni, estrecha la mano del valenciano



El Choni, en un ayudado por alto en el toro en que tomó la alternativa y del que cortó la oreja



El Andaluz, con la muleta en la derecha, toreando por rondos en el toro en el que cortó la oreja



Un pase natural de El Andaluz a su segundo toro, en el que obtuvo un gran triunfo

VALENCIA 15 (Mencheta).—Corrida organizada por la Asociación de la Prensa, con toros de doña Juliana Calvo, antes Albaserrada, para Manolete, El Andaluz y El Choni, que toma la alternativa.

La Plaza llena, con algunos claros en la sombra. Tiempo espléndido, casi caluroso. Asesora al delegado gubernativo, que preside, Rafael Gómez, el Gallo, que es ovacionado al aparecer en el palco. Las cuadrillas llevan brazalete negro, en señal de duelo por el fallecimiento del novillero Manolo Cortés.

Primero.—Lances apretados de El Choni, mandando mucho, y unas verónicas ceñidísimas de El Andaluz. Tres varas y dos pares y medio. Manolete entrega los avíos de matar a El Choni, y ambos toreros se abrazan en medio de clamorosos aplausos. El Choni brinda a unos familiares, y a los acordes de la música inicia su faena con dos muletazos por alto estatuarios, sigue con otros pases, sin lucirse por quedarse el animal. Ejecuta cuatro naturales sin ayudarle el toro, mejorando en tres manoletinás y un molinete a toro agotado. (Aplausos y voces de que lo mate.) Entrando recto deja media en la cruz que basta. (Ovación, oreja y vuelta.)

Segundo.—Lo sujeta Manolete con unos parones inmejorables. Tres varas y dos pares. El Choni devuelve los trastos a Manolete, reproduciéndose la ovación. El cordobés encuentra al toro agotado y muletea suave y obligando mucho. Ensayo el natural con la izquierda y consigue sacar dos de ellos imponentes. (Ovación y música.) Sigue con derechazos por alto y manoletinás, haciéndolo todo el lidiador. Mata de una gran estocada, mojándose los dedos. (Estruendosa ovación, las dos orejas, vuelta y saludos.)

Tercero.—Lo lancea con estilo muy ceñido El Andaluz, que en su quite por chicuelinas produce un gran alboroto. Un puyazo recargando, y a petición del espada se cambia el tercio para un par y medio. Andaluz brinda a El Gallo y da un pase por alto citando desde lejos, seguido de unos derechazos formidables, de mucho dominio. Tira de repertorio muy adornado y, al son de la música, destacando en cuatro manoletinás impecables. Entra con ganas y da en hueso. Repite con un pinchazo hondo, acostándose el animal. (Ovación, vuelta y petición de oreja.)

Al no concederse la oreja provoca protestas para la presidencia.

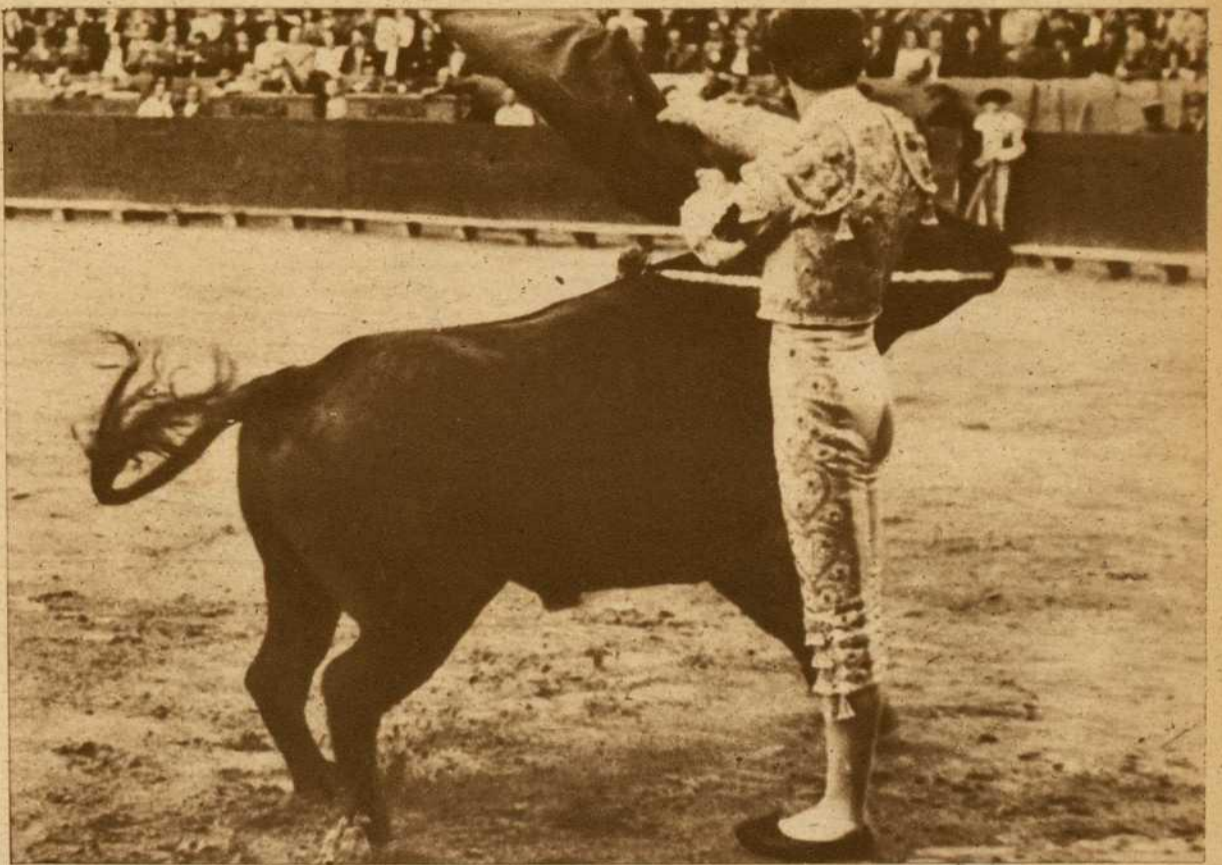
Cuarto.—Se aplaude a Manolete en unos parones escabofriantes. También oyen palmas El Andaluz y El Choni en sus quites de frente por detrás y chicuelinas, res-

ALTERNATIVA DE EL CHONI

SEIS toros de doña Juliana Calvo. MANOLETE y EL ANDALUZ



El Choni devuelve los trastos a Manolete en el toro del cordobés.



Un magnífico estatuario de Manolete en el primer toro suyo, en el cual logró un gran triunfo

pectivamente. Tres varas flojas y tres pares. Manolete brinda desde el centro del ruedo y empieza con dos ayudados por alto, sin enmendarse. En los medios, y al son de la música, hace una faena reposada, artista y de mucho dominio. Prodigia el natural con la derecha, y en la ejecución de uno de ellos vuelve la vista al público. (Ovación delirante.) Da después cinco naturales con la zurda y se adorna con tocadura de pitón, levantando tempestad de aplausos. Entra por derecho, dando en hueso, y repite oñ gran volapié, dejando dentro todo el estoque. Remata de descabello a la primera. (Ovación grande, las dos orejas y vuelta, invitando a los compañeros de terna a saludar desde el tercio y reproduciéndose las ovaciones con mayor intensidad.)

Quinto.—Dos varas y un refilonazo, con caídas aparatosas de los montados. Sin lucimiento en quites se le ponen tres pares. Junto a las tablas, El Andaluz muletea por bajo, obligando a doblar al toro, que está incierto y gazapón. Da luego tres derechazos imponentes, coronando con dos molinetes cambiados. (Música.) Trastea movido por la rapidez con que se revuelve ahora el animal y señala un pinchazo. Mata de una entera e intenta el descabello barrenando. (Ovación, las dos orejas y vuelta, recogiendo prendas y objetos, entre éstos un ramo de flores que cede al nuevo matador El Choni.)

Sexto.—Cuatro verónicas, dos medias del Choni, ceñidas y con mucho temple, que provocan entusiastas olés y aplausos. En su quite de frente por detrás, incommensurable, se reproduce la ovación. Tres varas sin apurar y un par y medio. El Choni brinda al gobernador civil y al público, y comienza su faena con unos muletazos por bajo, siguiendo con tres naturales derechistas, apretándose un horror y obligando mucho. Ejecuta después tres naturales con la izquierda, ligando con el de pecho. (Ovación y música.) Continúa con buenos muletazos en el mismo terreno del animal, intercalando un afarolado y un molinete, a la salida del cual resulta trompicado. Tras labriosa preparación, por estar el toro humillado, deja una estocada en las agujas. (Ovación grande, las dos orejas y vuelta, y salida a hombros de la Plaza.)

El ganado demostró mucho nervio de salida y codicioso ante los montados; pero se agotó pronto, resintiéndose de las patas delanteras. En general, todos los toros ofrecieron buena lidia, y no obstante algunas dificultades, que fueron subsanadas merced al empeño de los matadores, no presentaron peligro.

El peso de los toros en canal fué: 236, 231, 214, 267, 250 y 252.



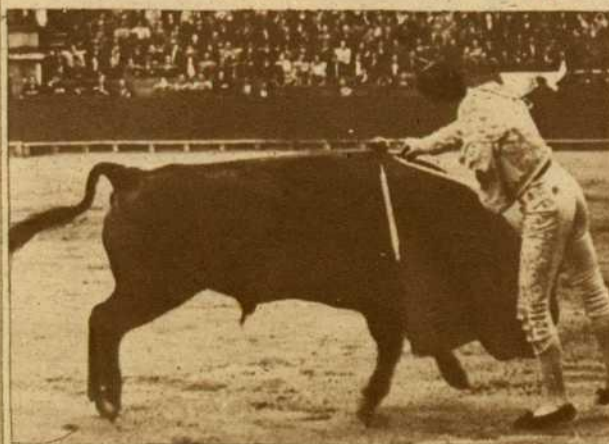
El Choni, con la primera oreja que cortó como matador de toros, saludando al público de Valencia.



Manolete escucha una gran ovación por su faena al segundo toro y da la vuelta al ruedo con los apéndices del toro



El Andaluz recibe en el centro del ruedo los aplausos del público por su gran faena

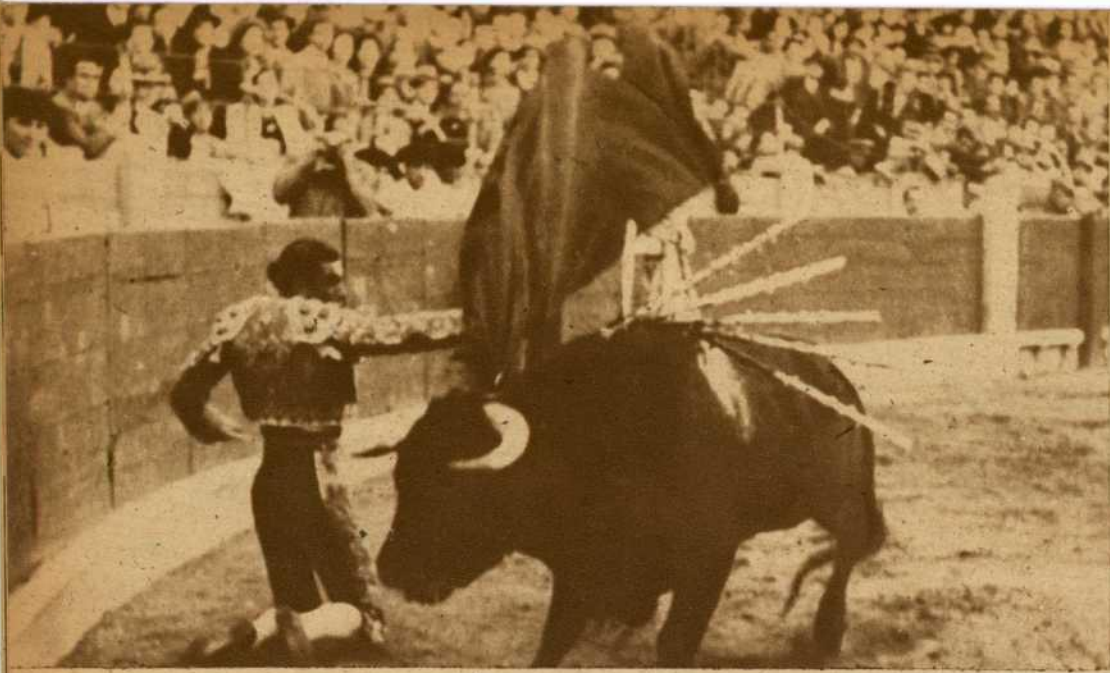


La gran estocada de Manolete a su primer toro, llegando con la mano hasta la piel del toro



Instante de entrar valientemente a matar El Andaluz en el quinto toro de la tarde. La faena fué premiada con las dos orejas (Fots. Vidal.)

Las corridas de la feria de ZARAGOZA



Fermín Rivera, junto al estribo, torea de muleta con las rodillas en tierra en la primera de la feria de Zaragoza



Domingo Ortega, en el segundo toro de la misma corrida, en un pase por alto con la izquierda

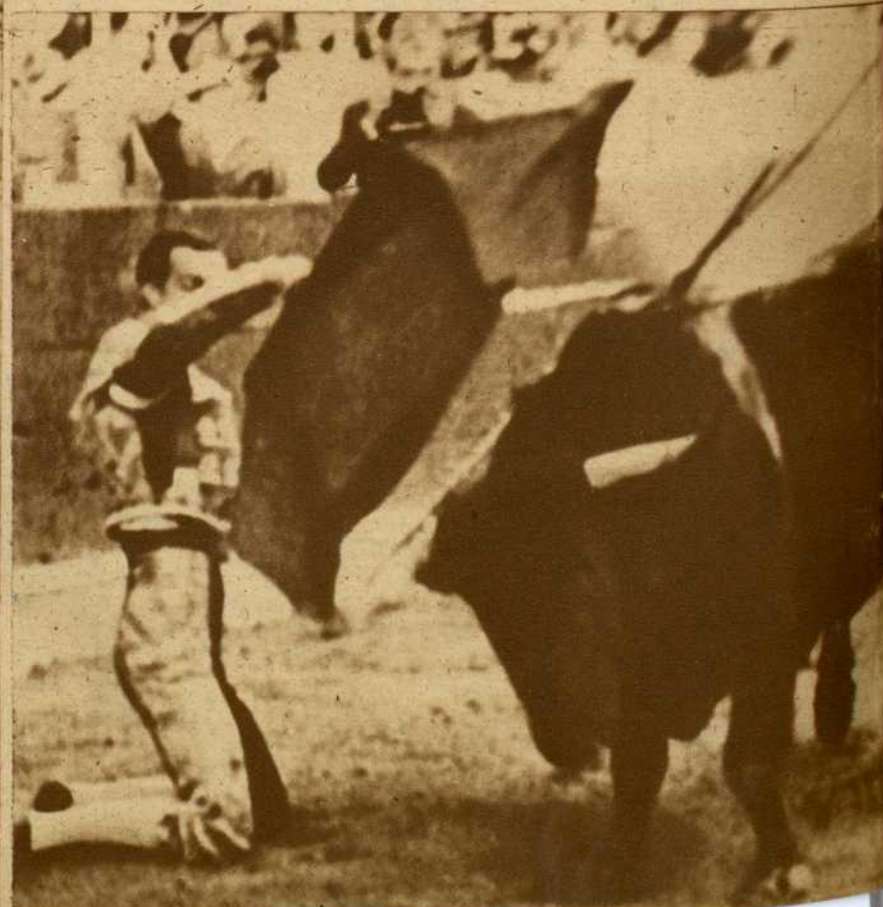
El Estudiante logró un triunfo en dicha corrida. El diestro madrileño con las orejas que cortó

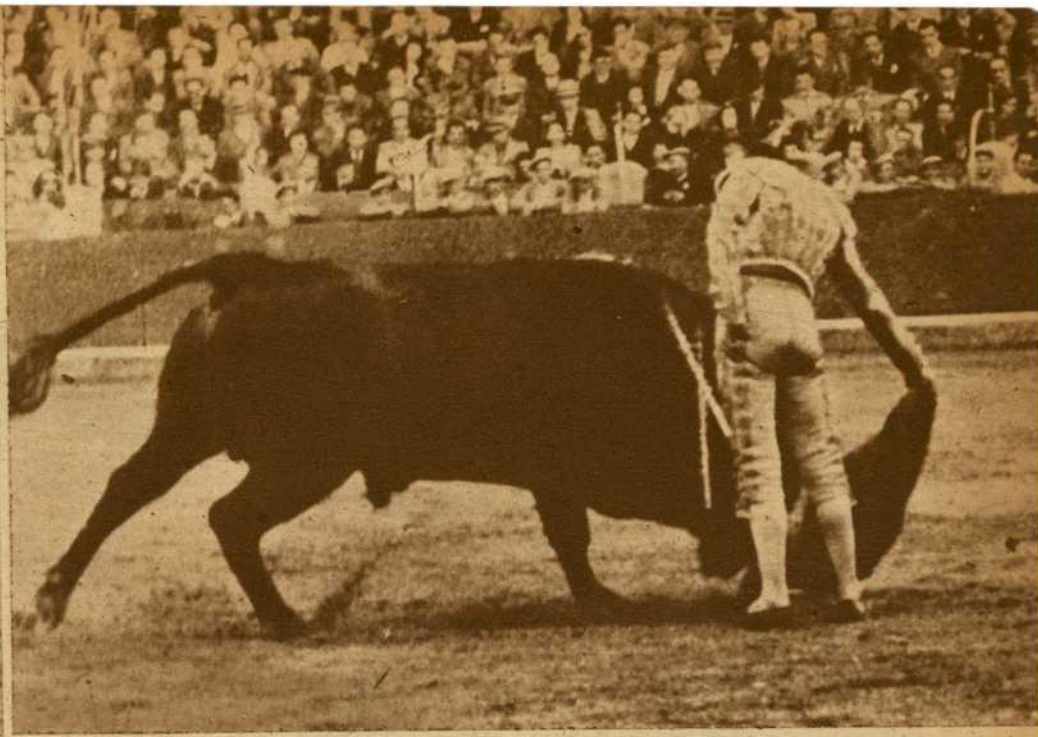
Pepín Martín Vázquez dando la vuelta al ruedo en el toro que cortó la oreja, su primero de la feria del Pilar, celebrada con gran éxito



Manolete triunfó igualmente que sus compañeros de cartel. El diestro cordobés, con las orejas que cortó en su segundo toro

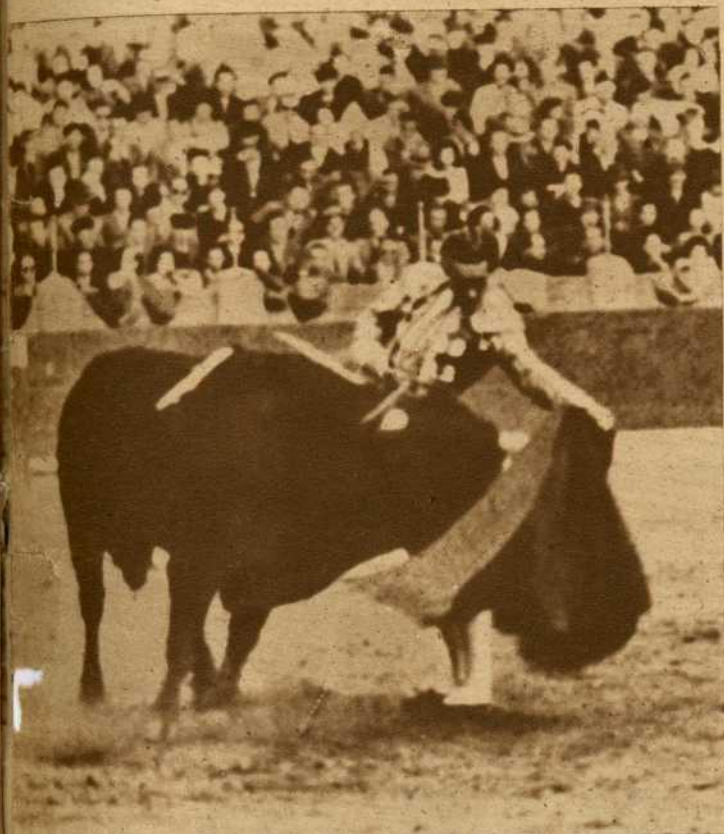
El Estudiante en su faena que inició con las dos rodillas en tierra. En este toro obtuvo un gran triunfo





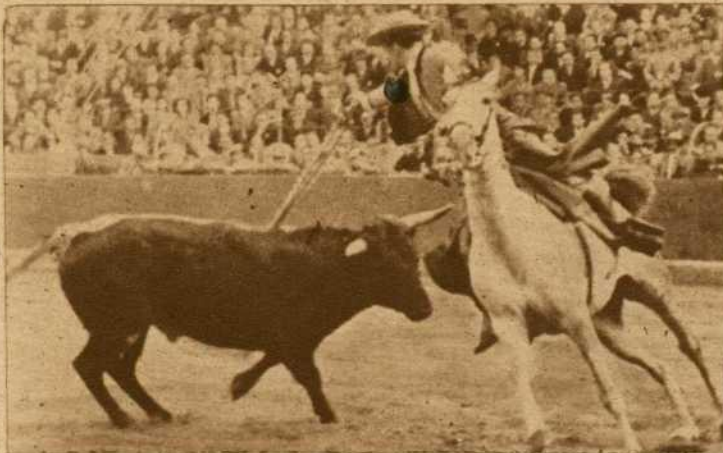
Pepe Bienvenida en un adorno de muleta al toro primero de la tercera corrida

Pepe Bienvenida tira del toro magistralmente en un muletazo con la derecha



Uno de los naturales que dió Manolete al segundo toro de la tercera de la feria aragonesa

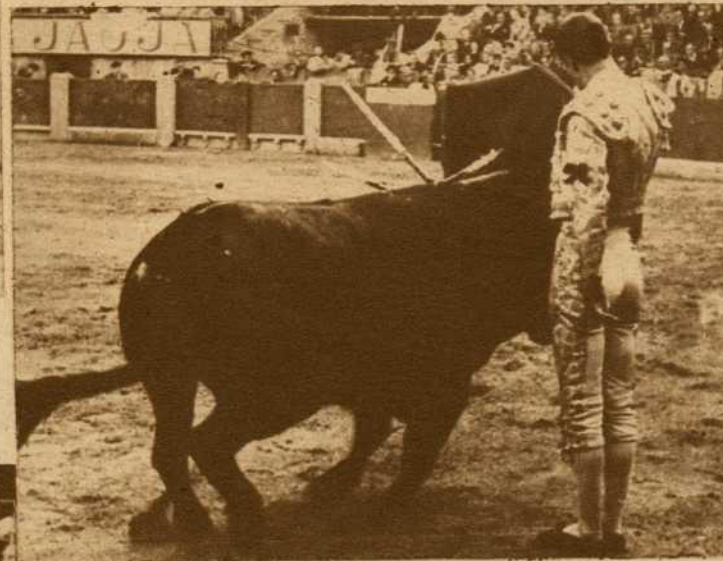
Pepe Bienvenida muleteando bien con la derecha en el toro segundo suyo



Don Alvaro Domecq, clavando un par de banderillas al toro en la tercera corrida

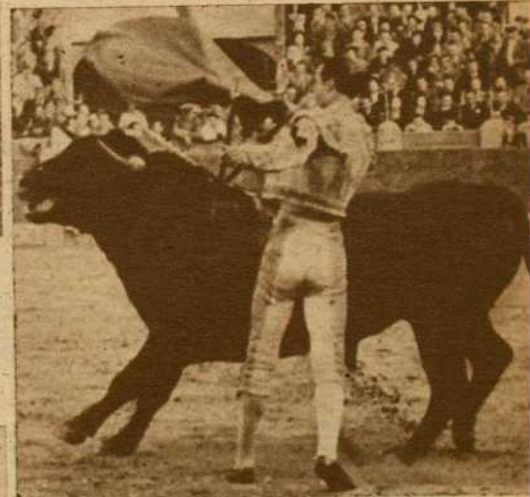


Don Alvaro Domecq, antes de hacer el paseillo, en la feria de Zaragoza

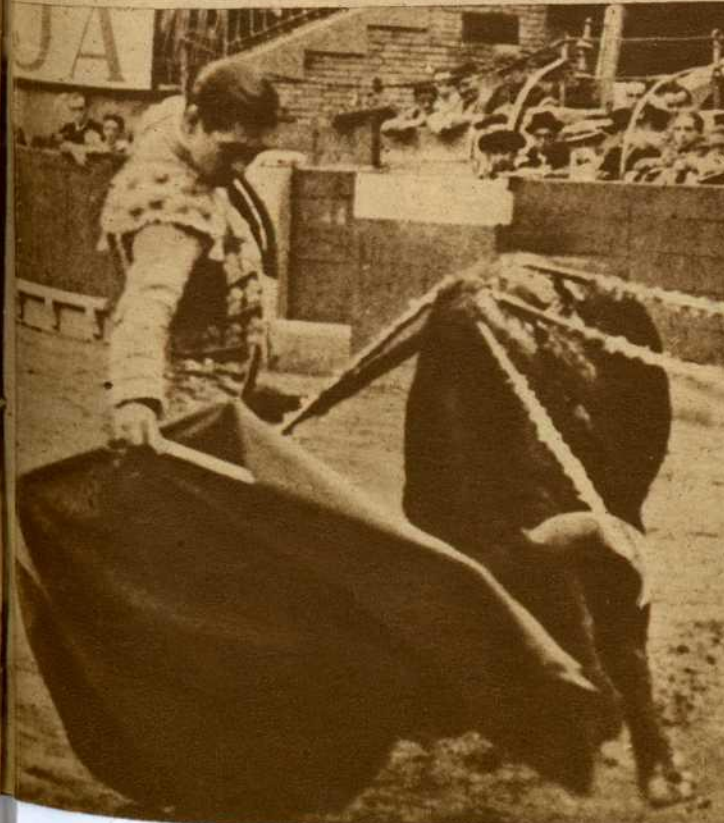


Un pase estatuario de El Estudiante, iniciando la faena de su primer toro

Pepin Martín Vázquez, con la muleta en la mano derecha, en un pase al toro que triunfó



Dos momentos de la faena de El Estudiante, con la muleta y lanceando de capa



Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael el Gallo

LAS ALTERNATIVAS Y LA SOMBRA DE JOSELITO

XIX



Cuántas alternativas y confirmaciones ha otorgado usted, maestro?

—Aquí, en España, así como unas treinta o más.
—Y las recordaría usted todas?
—Pues... puede que sí.
—No me diga!
—En qué quedamos?
—Es que me parece asombroso.
—No lo es tanto, y vamos a probarlo. No sé si se me olvidará algún nombre. Pero casi estoy por apostarle que no. Lo que yo no puedo precisarle es las fechas, más que algunas.
—Por ejemplo, la primera.
—Esa sí. La primera se la di a José Morales, Ostioncito, el 25 de septiembre de 1910, en Madrid, naturalmente.
—Y la última?
—A Rafael Ponce, Rafalillo, en Madrid, el 6 de octubre de 1935. Pero déjeme usted a ver si soy capaz de decirselos por orden y sin saltarme ninguno. Después de Ostioncito se la di a Isidoro Martí Flores y a Paco Madrid. Los dos en la misma tarde del 15 de septiembre de 1912. Al primero lo confirmé y al segundo lo alterné. Y luego vino... sí, la de Joselito, que la tomé en Sevilla el 28 de septiembre de 1912 y se la confirmé yo mismo, tres días después, el 1.º de octubre.

El Gallo hace una pausa. Su mirada vaga lejos, lejos...
—¡Joselito!
—La cúspide del torero. E iba a más. Nunca se supo hasta dónde. No tenía dimensiones.
—¿Estaba usted inquieto cuando toréalas con José?
—Sí, muy inquieto, a pesar de que era el torero más largo y seguro que ha habido en todos los tiempos. Pero en la Plaza nadie está libre de un percance. Y ahí tiene usted la desgracia de Talavera.
—¿Cómo se explica usted...?
—Aquello no se lo puede explicar nadie.
—Dicen que en el viaje iban... ¿cómo le diría?, él y la cuadrilla... un tanto... excitados.
—¡Tontería! Es cierto que en una estación del trayecto tuvieron un incidente, una pequeña bronca con unos paquetes que estaban en la carritina y que eran los que estaban... lo diré como usted: excitados. Pero José, sobre todo en temporada, se cuidaba: ni vino, ni mujeres, ni nadie que le pudiera desgastar. Cuando él salía a la Plaza estaba siempre, siempre, en pie de facultades.
—¿Entonces...?
—La confianza. No pudo ser más que eso: un descuido. Y esa es la verdad, la que cuentan los toreros que estuvieron allí. José en un instante la vista del toro para arrear la muleta. Y en ese preciso momento se le arrancó el toro. Lo demás...
—Lo demás es la tragedia, con todos sus pormenores horribles. Y su romance. O sus romances, porque fueron muchos los que se hicieron entonces al ídolo muerto.

No voyais a la pradera, que están marchitas las flores porque ha muerto en Talavera el rey de los matadores.

—Joselito! Para él, Rafael no era su hermano. Fué siempre un padre. Como se quedó huérfano tan pequeño, El Gallo fué el que sacó adelante a toda la familia. Y cuando José se impuso en los ruedos y su hermano torcaba con él, Rafael estaba intranquilo; pero, ¿y Joselito? ¿Y Joselito, que sabía de la escasez de facultades físicas de «El divino calvo», de sus genialidades temerarias, como de sus miedos incomprensibles? ¿Y Joselito, que conocía mejor que nadie la incertidumbre, las reacciones inexplicables de aquel hermano, ya sin pelo, ya tan mayor y todavía y siempre tan niño? ¿Cómo no sufriría el torero cúspide, aquel que conocía a los toros en una mirada y sabía lo que se podía hacer y lo que no se podía hacer con ellos, y que veía que Rafael les hacía a veces lo que no se podía hacer, y no les hacía, otras, lo que se podía hacer? Cómo sufriría José en esas tardes en que, con el capote vigilante, sus ojos no eran ojos más que para seguir a su hermano en la lucha de arte y de muerte con el toro! Joselito, y esto no es ningún secreto para los que vivieron en su círculo de amistades íntimas, prefería que los toros difíciles le tocaran a él.

—Yo soy más joven—decía—y no estoy tan trabajado. El está más tranquilo porque tiene mucha confianza en mis facultades.
—Pero Rafael tampoco estaba tranquilo, ¿verdad? Y mientras en los tendidos el público aplaudía o protestaba, la emoción fraternal y dramática se desarrollaba en silencio.
—¡Tiempos de Joselito!
—Y de don Juan.
—¿Qué don Juan?

—Don Juan Belmonte. Yo le hablo de tú, pero le llamo don Juan. Don Juan fué... el demonio. Porque un demonio había que ser para aguantarle la pelea a José como Belmonte se la aguantó durante ocho años.
—Y dígame, Rafael, y perdóneme que insista en un tema que tan doloroso debe ser para usted. ¿Le afectó mucho Belmonte la muerte de su compañero de cartel, de su rival en los ruedos?
—Belmonte y José no fueron rivales, en mi opinión, más que en los deseos de los públicos por hacer permanente una competencia que, por otra parte, tanto benefició a la fiesta. Estoy seguro de que José admiraba a Belmonte y de que Belmonte admiraba a José. Y, además, se necesitaban el uno al otro, y sobre todo los necesitaban los aficionados para colocarse en un punto de entusiasmo, de preocupación taurina como no se ha conocido jamás. Cada uno, por su parte y aisladamente, hubiera triunfado, ¿qué duda cabe!; pero al producirse ambos fenómenos en la misma época, se pudo llegar a los mejores tiempos del toro. No se volverá a ver nada igual.
—Decía yo que sí a don Juan...
—¡Mucho! Le afectó mucho la muerte de mi hermano. Hasta tal punto, que él, tan valiente, tan seguro siempre de su éxito, anduvo corridas después por las Plazas sin su firmeza, sin encontrar su sitio. Y era el recuerdo de José. Como Belmonte, los pasó entonces a casi todos los toreros. Había una especie de terror. Como si todos se dijeran: «A Gallo le ha matado un toro; pero, ¿cómo ha podido matar un toro a Gallo?»
—La había matado un toro en Talavera. Y esto, que parecía imposible, era realidad. Un toro había matado a José, y las flores estaban marchitas en la pradera y los toreros salían a los ruedos con la preocupación obsesiva de aquel toro que había matado a Joselito, el torero a quien no podían matar los toros. Belmonte abría sus ojos al asombro, y sus piernas, que siempre tuvieron la firmeza del valor—de ese valor heroico que consiste en vencer al miedo que tienen todos los toreros—, por una vez temblaban...
—Temblaban las piernas del torero más temerario y temblaban las piernas de todos los toreros... menos uno. ¡El Gallo! El Gallo recorrió entonces senderos de elevación artística, y de su ejemplo sacaron ánimos para salir de su terror todos los demás matadores. Sobre El Gallo se proyectaba también la sombra pálida de José. Pero esta sombra, que en los demás tenía tristezas de presagio, en Rafael se hacía inspiración, homenaje al arte del asistente, fiebre de arrimarse al toro en un recóndito deseo de desquite, de demostrar que si un toro, a traición, había podido con un hombre, un hombre podía, cara a cara, con todos los toros. Y cuentan que Rafael, terminada triunfalmente la corrida, miraba el retrato de su hermano y murmuraba, como una oración:
—Lo he hecho gracias a ti, José.
—Bien, Rafael, vamos a seguir con los doctorados.
—Después de la alternativa y confirmación de Joselito, se la di a Limeño. Limeño era un muchachito que había formado pareja con mi hermano y había ido siempre con él de becarrista. Luego, de novillero, se quedó un poco atrás, y de matador, aunque tuvo su cartel, no llegó a colmar las esperanzas que se habían puesto en él y que eran tantas como las que se pusieron en Joselito. Se la di en Valencia, el año 1913, y al siguiente se la confirmé en Madrid. A Alcazaré se la di en Murcia y se la confirmé en Madrid. Al mejicano Juan Silveti le cedí los trastos en Madrid, donde también se la confirmó a ese torero tan fino que se llama Chicuelo. Lo de Chicuelo fué en 1924. Esperé usted, que se me olvida la alternativa de Diego Mazquiarán, Fortuna, que fué lo menos tres o cuatro años antes.
—Siga usted, no se vaya a romper el hilo.
—No hay cuidado. Me acuerdo perfectamente de todos los diestros que he apadrinado: Carnicerito, en Málaga; Granero, en Sevilla. ¿Qué torero más grande hubiera sido Granero! Decían que iba a ser el sucesor de José. ¿Quién sabe! Debió haber tanto ignorado en aquel muchacho... A José Zarco se la di en Badajoz a Blanquito, en Manzanares; a Maera, en Puerto de Santa María; a El Algaño, hijo, en Valencia; a Antonio Poada, en Sevilla; a Chaves, en Madrid; a Calgancho le impuse el doctorado en Murcia; a Curro Puya, también se la di yo en el Puerto de Santa María. Por cierto que la ceremonia resultó un poco larga.
—¿Y eso?
—Curro era bastante aficionado a las peleas de gallos, como yo. Tenía dos pollos ingleses que eran un sueño. Mientras le daba los trastos, nos pusimos a discutir de los dos animalitos, porque yo quería que me los vendiera. Bueno, no me lo vendió. Entonces, le dije: «Suerte y al toro. Tú llegarás, porque eres gitano». Al mismo Curro Puya se la confirmé en Madrid a finales de la temporada de 1927. Y después, en Valencia, fui el que investió a Tomás Giménez. Luego vienen, del 27 al 34, mis años de América. A la vuelta confirmé a Diego de los Reyes, Florantino Ballesteros y Félix Colomo. Las últimas alternativas que otorgué fueron las de Amador Ruiz Toledo, en Valencia, y la de El Soldado, en Castellón, y a quien se la confirmé en Madrid. Después, ya no queda más que la de Rafalillo.
—¿Están todas?
—Me juego la calva que no falta ni uno.
RAFAEL MARTINEZ GANDIA

En la foto central vemos al Guerra con Machaquito, Rafael el Gallo y Joselito. Una fotografía que traerá a la memoria tardes gloriosas



Arriba: El Gallo dando la alternativa a su hermano Joselito en la Plaza de Toros de Sevilla.—Abajo: Rafael doctorando a Tomás Jiménez



Arriba: El "divino calvo" haciendo matador de toros a El Soldado.—Abajo: El Gallo dando la alternativa en Valencia a Amador Ruiz Toledo



Arriba: El "divino calvo" haciendo matador de toros a El Soldado.—Abajo: El Gallo dando la alternativa en Valencia a Amador Ruiz Toledo



En la foto central vemos al Guerra con Machaquito, Rafael el Gallo y Joselito. Una fotografía que traerá a la memoria tardes gloriosas



Vista de la Plaza de Toros valenciana durante el paseo de las cuadrillas en una corrida de feria

AZAFRAN, DE MIURA, SE VOLVIÓ LOCO EN LA FERIA DE VALENCIA

El toro de la famosa ganadería tiró más de cuarenta derrotes a una hoja de álamo y se "suicidó" al ser encerrado en un chiquero

Por FRANCISCO ALMELA VIVES



El domingo 21 de julio de 1907 se reunió cuantioso gentío en el coso taurino de Valencia. Lo numeroso de la concurrencia se explicaba por el módico precio de los boletos (sesenta y cinco céntimos valía la entrada general), y, sobre todo, por la novedad del espectáculo, ya que sólo unos cuantos años antes había comenzado la práctica de desencajonar en el ruedo de la plaza los toros que iban a ser lidiados en las tradicionales corridas de feria.

Aquel año estaban anunciadas, aparte de una novillada, cuatro corridas de toros en las que torearían Antonio Fuentes, Ricardo Torres, Bombita, Rafael González, Machaquito—los días 25, 26, 27 y 28 de

julio—y José Pascual, Valenciano, solamente el día últimamente citado.

En cuanto a las reses adquiridas, pertenecían a las vacadas de Arribas, Miura, Pablo Romero y Concha y Sierra.

Por este orden fueron desencajonados. Todos los toros produjeron excelente impresión; pero, sin embargo, la corrida que más agradó al público fué la de Miura. Habían abandonado el cortijo del Cuarto para aposentarse efímeramente en el circo de la calle de Játiva los siguientes bichos:

Caballuno, castaño. Gatito, negro. Gavioto, también negro. Colmenero, chorreado en morcillo. Tinajito, negro mulato. Valenciano (¡vaya, hombre!), también negro mulato. Y Azafrán, negro.

Quien se tome la molestia de contar los componentes de esta breve lista, advertirá al punto que está formada por siete reses, número cabalístico, sí, pero irregular para una corrida de toros, al menos cuando no hay anunciado rejoneador. La irregularidad debíase a que se había enviado, como sobrero, por la circunstancia de ser brocho (o sea con las astas algo caídas y al mismo tiempo apretadas), el toro Azafrán, señalado con el lindo capicéa 111, que la Empresa pensaba utilizar—de no necesitarlo antes—para una corrida nocturna y heterogénea que daría después de las otras.

Los miureños fueron desencajonados al revés, o sea de manera que saliesen del cajón pre-entando los cuartos traseros. Rafael Gómez, el Gallo, ha dicho recientemente, con su justificada autoridad, que ello se hacía para que los espectadores pudieran ver en seguida que las reses se hallaban bien provistas de carnes. Pero la Prensa valenciana

de entonces consignaba que la innovación obedecía a disposiciones del propio ganadero, quien advirtió a la Empresa que soltando a los toros de frente se corría el riesgo de alguna baja.

Sea de ello lo que fuere, en los tendidos aumentó la expectación cuando aparatosamente iban saliendo los Miuras con esa diversidad de pelaje que tanto agrada. Todos eran buenos mozos, recios y cuellilargos. Casi todos estaban bien armados. Todos salieron pidiendo pelea, encampanándose, arremetiendo contra el cabestrage...

En estas manifestaciones se distinguió precisamente Azafrán, que era el único mal dotado en defensas córneas. Este miureño salió de su encierro mirando provocativamente en torno suyo, la emprendió con los bueyes que había en el ruedo y, al ser llevado desde el callejón, se lanzó impetuosamente contra la valla, astillóe ambos cuernos y se aplastó el hocico, que después chorreaba sangre...

Minutos más tarde los siete Miuras se hallaban en el corral que se les había destinado hasta el día de la corrida. Una vez allí, Azafrán se destacó de sus compañeros. En cuanto alguien se asomaba, le embestía furiosamente. Varios burladeros quedaron convertidos en astillas. Pepet, el encargado de los corrales, que más de una vez se retrató acariciando toros, pasó un mal rato dentro de uno de aquellos burladeros que no tenía comunicación...

Así las cosas, llegó el momento de dar pienso a los animalitos. Vistas las circunstancias, se creyó prudente prepararlo en un corral que estaba completamente libre, al que luego se haría pasar a las reses de Miura. Para ello, un empleado abrió, tirando de una cuerda, la puerta divisoria. Y Azafrán, al percibir el obligado movimiento, se arrancó tan violentamente contra la cuerda, que por unos instantes, a causa del salto, quedó montado sobre la puerta!

Además, la emprendió contra Caballuno, Gavioto, Tinajito y demás compañeros de excursión. Estos, amedrentados a pesar de su bravura, se replegaron hacia un ángulo, y allí se constituyeron en orden cerrado para defenderse mejor. El brocho, que no amainaba sus furiosos, arremetió contra una hoja que se había desprendido de un álamo, a la que dió más de cuarenta derrotes.

De esta manera—entre sustos y ferocidades—llegó la noche del lunes al martes, o sea del 22 al 23 de julio. Era una noche tranquila, con aroma de jazmines, bajo un cielo espolvoreado de estrellas alrededor de la luna. De pronto se oyó un alboroto en los corrales de la plaza: pezuñas contra el suelo, entrecoscar de cuernos, golpetazos contra los tablonés, etc. El mayoral de Miura acudió rápidamente y pudo ver que Azafrán se hallaba entregado a descomunal batalla contra Gatito, Colmenero, Valenciano y los otros.

—¡Eh, toro!—gritó el mayoral para deshacer la pelea.

Y el terrible Azafrán, al oír aquella voz, quiso lanzarse contra quien la emitía. En poco estuvo que no saltara por encima de la pared, que era—y es—alta, de mampostería, con un espesor de medio metro. No la saltó, como ya se ha dicho; pero, sin embargo, de la consignada recidumbre, la agrietó de arriba abajo por el interior y el exterior.

No había más solución que encerrar a la peligrosísima res en un chiquero. Al amanecer se llevó a cabo la operación, no sin dificultades y sin que varias puertas quedasen en disposición de recibir cuanto antes la visita de los carpinteros, bien provistos de materiales y herramientas.

Azafrán, al verse en aquella celda de castigo, no se aquietó, ni mucho menos. Escarbaba el suelo, erguía la teata, revolviase contra sí mismo. Como le echaran alfalfa, se enfureció más, hasta el punto de que se acordó dejarlo en ayunas. De vez en cuando, mugía atrozmente.

De esta manera transcurrió la mañana del martes, 23 de julio. Por la tarde se celebró en la plaza de toros un certamen musical. Sabido es que en tales competiciones toman parte principalmente bandas de música procedentes de diversas localidades de la región valenciana y constituidas, en general, por hombres que durante el día se dedican a sus trabajos—muchas veces rústicos—y en la hora del reposo acuden a la academia musical. El arraigo popular de tales bandas determinaba que, en el acto del concurso, tuvieran la presencia de numerosos paisanos que no regateaban las muestras de entusiasmo. Además, aquel año 1907 actuó—fuera de concurso—una banda extranjera que contribuyó a realzar la importancia del certamen.

Con todo ello, hacia el final del espectáculo, precisamente cuando los empleados de la plaza se disponían a verter pozales de agua sobre la cabeza del toro furioso, se produjo una explosión de aplausos cuyo eco llegó hasta el encierro de Azafrán. Nuevamente mugió de una manera pavorosa y desgarradora. Estremeciéndose de tal manera, que todo parecía retemblar en su torno. Se agitó como si buscara un enemigo inexistente. Pretendió cornearse a sí mismo, con extraño impulso suicida. Arremetió desesperadamente contra la pared. Y, a pesar del poco espacio, fué tanta la fuerza del topetazo, que se desplomó. En tierra, jadeaba; su boca, echaba espumarajos; sus ojos relampagueaban y se entornaban sucesivamente. Minutos después, dejaba de existir.

Así, pues, murió el toro Azafrán. Los entendidos diagnosticaron un ataque de locura, producida quizá por los calores y, sobre todo, por el golpe que se dió contra la valla de la plaza al acometerla con bravura. ¡Bienaventurados los mansos.!

DEL TOREO A CABALLO

Por JOSE CARLOS DE LUNA

PARA curiosidad bibliográfica es hoy el folleto o carta impresa que el caballero Melcón dedicó a don Miguel de Arizcún, de la Orden de Santiago, y que se vendía, allá por el año de 1733, en la madrileñísima librería de Juan Buitrago, sita en la calle de la Montera. Lo titulaba el pobre caballero «La malicia confundida y la verdad triunfante», y decoraba la portada el orgulloso lema de su alcurnia: «No es Melcón, porque es mi Alcón, pues caza africanos buytres que se atreven con el León».

Satisface su autor, en prosa pintoresca y con atinadas razones, su honra de rejoneador, evidenciada en malquerencias de compañeros; y no estriba

en esto la curiosidad que nos despertó su lectura, sino en los consejos y reglas prácticas que da sobre el toreo a caballo y la suerte de rejones.

El bonísimo y sufrido don Juan Francisco Melcón disculpa la humillante hospitalidad que le ofreció su primer padrino, el conde de Miranda de Aute; un mezquino albergue sin otro adorno que un cofre para su vestido, una silla y una cruz embutida en la pared, y dice refiriéndose a su primera salida en Madrid: «Fué mucha gente a la corrida, más porque esperaban ver un desastre que por el mérito de la fiesta».

Imponderable humildad la del pobre y honrado caballero que buscó en el rejoneo alivio a su penuria!

«Monté un caballo—continúa—que era capón, viejo y flaco, tres circunstancias admirables para matar a un jinete sin uso del hasta.»

«Entré en el circo acompañado de unos chulos, y dispuse la suerte a mi arbitrio y no al gusto de ellos, como suelen executar los más en semejantes casos.»

No tiene desperdicio el relato que hace de la corrida, donde la ejemplaridad corre pareja con la crítica, y de cuya envidia puede nutrirse no sólo el aficionado a este modo del toreo, sino los propios que ahora lo practican.

En nombre de Melcón le brindo a mi querido amigo y admirabilísimo jinete Alvaro Domecq aquel toro que se llamó «Latino», «el más ladrón de los ladrones», de cuya lidia y muerte a rejones sacó incólume el caballejo capón, viejo y flaco.

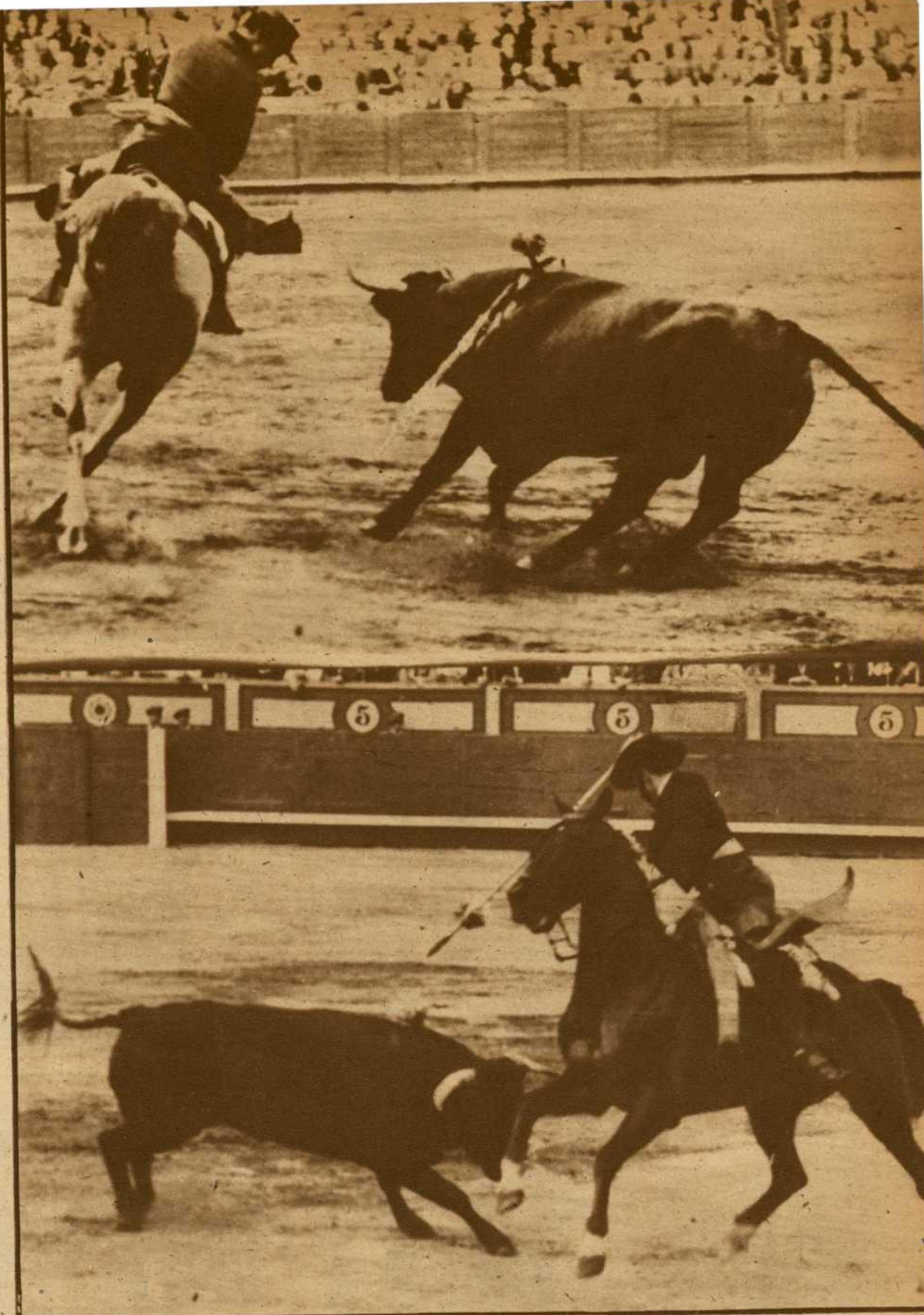
Por muchos y puntualizados que sean los argumentos melconianos, no atino con el milagro de esta maestría y pregunto a mi amigo si la cree posible y en qué circunstancias triunfante.

En la fiesta a la que «Latino» dió el tono y Melcón la medida, murieron dos caballos, aunque «fueron siempre heridos de cincha atrás». Y de la relación de todas las incidencias, en aquella tarde de su presentación, saca el caballero en plaza una enseñanza que ofrece, sin cobrar por ella sino los cuatro cuartos que costaba su folletito, más destinado a satisfacer su honrilla que a poner cátedra. Dice: «Ser imposible, que quieran algunos torear bien a Cavallo sin haverlo executado a pié muchas veces, lo qual es necesario para saber elegir o desechar la suerte, en lo que ay mucho que comprehender». Y sigue el caballero Melcón, ya con el dedo puesto en la llaga: «Ni tampoco puede escribirse a cerca de la intención de los toros, y todos sus acontecimientos, que son diversísimos; sólo se puede escribir, un Toro hizo esto, aquello o lo otro; pero escribir si será ligero, si correrá con reserva, si conforme va corriendo se irá reparando, si se parará en el centro de la jurisdicción; si se saldrá del yerro; si le sufrirá, y entrará más por lograr su empeño, y si por seguir su intención rematará y otras muchas cosas, etc. Es imposible porque esto ni se puede escribir ni enseñar, si no es con los peligros de la práctica; en esto expongo mi dictamen, sin pasión.»

Pertinente enseñanza, inédita hasta entonces, que se escribía poco de arte taurino, y pertinentísima ahora, cuando todos desatamos las plumas y las lenguas para criticar y dar consejos.

Desconocemos el entrenamiento de los rejoneadores portugueses, maestros en el arte y doctores en la doma; pero si podemos mencionar, con ejemplos mejor que en romance, el de los maestros. Si en España, y sobre todo en Andalucía, abundan los buenos caballistas a la jineta, es curioso comprobar las aseveraciones de Melcón en sus actuaciones. De los que en campo abierto se defienden y torear con la garrocha de acoso, sólo triunfaron en los ruedos los que conocieron la lidia pje a tierra. Y no quiere esto decir que para ser un buen rejoneador se necesite el diploma de matador de toros, al estilo de Belmonte o de el Algabéño; pero sí es necesario conocer cómo reacciona un toro ante el engaño, sin el bulto del caballo ante los ojos, que tanto distrae y tuerce sus instintos de acometividad. Y de aquí la dificultad para que prospere en cantidad la bellissima suerte de rejones, encomendada a excepcionales condiciones y no vulgares cualidades.

Si Alvaro Domecq y Juan Belmonte quisieran, podrían abrirle cauces de posible desenvolvimiento a esta bella modalidad del toreo, tan innecesaria a la lidia ordinaria y tan interesante y española, porque mantiene, casi como reliquia del pasado, lo que las Maestranzas no pudieron o no supieron conservar.



El adiós a Sevilla de tres toreros españoles que van a MÉJICO



La clásica postal turística, Pepe Luis Vázquez, Cagancho y Antonio Bienvenida. Al fondo, la Giralda



Cagancho ríe optimista junto al actor Valeriano León



Pepe Luis Vázquez parece escuchar los consejos de Valeriano



Antonio Bienvenida pasea por las calles sevillanas en unión de Flores



Siguen los consejos. Pepe Luis escucha atentamente a Valeriano León



La mañana del domingo transcurre. Pepe Luis, en animada charla, pasea por las calles de Sevilla



Cagancho, con Manolo Caracol, sorprendidos por nuestro fotógrafo Lal en su paseo matinal

A L mediodía, en este domingo soleado de octubre, la popularísima calle Tetuán se ve invadida por una muchedumbre bulliciosa, que va y viene de un lado para otro sin saber cómo perder el tiempo... A duras penas puede el tranvía avanzar desde la Plaza Nueva hacia La Campana. Para los demás vehículos el paso es difícil, porque la vía es estrecha y la gente que pasea la llena toda. En un bar situado al borde de esa calle, en tres tertulias distintas, tres toreros—Cagancho, Pepe Luis y Antoñito Bienvenida—hablan de sus más próximos proyectos: de su viaje a Méjico. Los tres han coincidido en Sevilla porque la noche anterior un grupo numeroso de amigos quiso reunirlos en íntimo agasajo, como despedida. Faltó Gitanillo de Triana—porque su madre política, Pastora Imperio, se halla enferma—; pero su adhesión llegó a tiempo...

Arrancar a tres toreros de sus tertulias es empresa realmente difícil. Pero no hay quien se entienda en el bar—entre discusiones, voces y pregones de vendedores molestos—, y no hay más remedio que improvisar un paseo hacia lugares más tranquilos. Y, en efecto, poco después la caravana se pone en marcha a través de los codazos y miradas de los curiosos. Porque lo que no podemos impedir es pasar inadvertidos... Entre otras cosas, porque con los tres toreros—bien conocidos en Sevilla—vienen Aurora Rondono y Angelines Puchol, Valeriano León, Manolo Caracol, Raimundo Blanco, el presidente de la Federación de Boxeo, señor García Lacalle... y una escolta de incondicionales.

Cerca de la Catedral—tras una parada en la Plaza Nueva, donde Raimundo Blanco descifra en el pavimento unas caricaturas de Belmonte y Joselito hechas con guijarros por desconocidos y habilidosos operarios— conseguimos hablar tranquilamente con el más "viejo" de la expedición: con Joaquín Rodríguez, Cagancho.

—Vamos a ver, Joaquín, ¿cuántas veces cruzó usted el Atlántico?

—Cinco... Esta es la sexta... Y créame usted que las cruzaría otras seis veces si fuera preciso...

—¿Cuándo estuvo usted en Méjico la última vez?

—La temporada 1935-36... Yo fui el último torero español que salió de allí. Llegué a España un mes antes de que comenzara el Alzamiento.

—¿Toreó usted mucho en Méjico?

—De veinte a veintidós corridas por temporadas... Es equivale a más del doble de las de aquí, si se tiene en cuenta que allí la temporada es corta y hay menos Plazas que en España.

—¿Qué recuerdos guarda de esos viajes?

—Muy buenos... Yo, aunque parezca inmodestia decirlo siempre estuve bien allí...

—¿De qué se acuerda usted más cuando se va de España?

—De mi casa... De mi mujer y de mis hijos... Eso es lo que por ahí se echa más de menos.

—¿Conoce a todos los toreros que allí figuran ahora en primera fila?

—A casi todos... Y de casi todos ellos soy buen amigo. Pepe Luis Vázquez nos adelanta. Viene del brazo de Valeriano León, que, como buen aficionado, llena de consejos al muchacho.

—Ten mucho cuidado con el clima. Aquello está muy alto y a lo mejor no puede uno con el toro... Aunque—Valeriano rectifica—los toros de allí son como los de aquí. Yo...

"He cruzado cinco veces el Atlántico", dice CAGANCHO

PEPE LUIS siente dejar de ver la Giralda

ANTONIO BIENVENIDA, esté donde esté, no puede olvidar a España

uno de esos así de alto soy capaz de encerrarme cualquier día y armar el alboroto.

Reímos. Y al paso comienza el interrogatorio.

—Yo voy dispuesto—dice Pepe Luis—a dejar bien plantado el nombre de España. Sé que la afición de Méjico tiene ganas de verme, y me doy cuenta perfecta de la responsabilidad que tengo sobre mí.

—¿Qué es lo que más sientes al marcharte?

—Dejar este ambiente tan alegre, tan cordial de Sevilla... Dejar España, aunque sólo sea por una temporada, siempre es doloroso.

—¿No sientes preocupación alguna por tan largo viaje?

—Ninguna. Vamos, además, todos en el mismo barco, y eso anima al más triston.

—¿Tienes algún proyecto especial?

—Pienso, tan pronto como llegue a Méjico, pasarme una breve temporada en el campo. Ya tengo numerosos ofrecimientos—por medio de Algara—, y espero que ese contacto con aquel ambiente me sirva de mucho cuando llegue la hora de salir al ruedo.

—¿Y para tu regreso?

—Yo llegaré con tiempo sobrado para iniciar en forma, si Dios quiere, la temporada en España...

—Que, por cierto, se presentará competida...

—Así es... Ya se ha visto en ésta lo que gana la fiesta con la competencia de los toreros mejicanos. Yo espero que también allí nuestra presencia haga subir de tono la afición.

Hacemos un alto en el Patio de Banderas, mientras Luis Arenas dispara su "Leica" contra el escenario "tradicional" de todos los turistas que pasan por Sevilla: la Giralda. Después iniciamos el regreso hacia el centro. Manolo Caracol improvisa unas seguiriyas gitanas al pie de la Giralda.

—Esto—dice el Caracol—es para que se acuerden de Sevilla...

—Cualquiera — afirma Antoñito Bienvenida—se olvida de esto!

—Tú lo sabrás muy bien...

—Yo en Venezuela, a pesar de que estaba colmado de atenciones, me acordaba todos los días de España...

—¿Y ahora?

—Ahora más... Porque ahora echaré de menos la presencia de Angel Luis.

—¿Qué recuerdos guardas de tu estancia en Caracas?

—Magníficos... El día de mi presentación salí de la Plaza en hombros. Allí yo no era sólo el torero español que triunfaba... Todos se acordaban también de que había nacido allí.

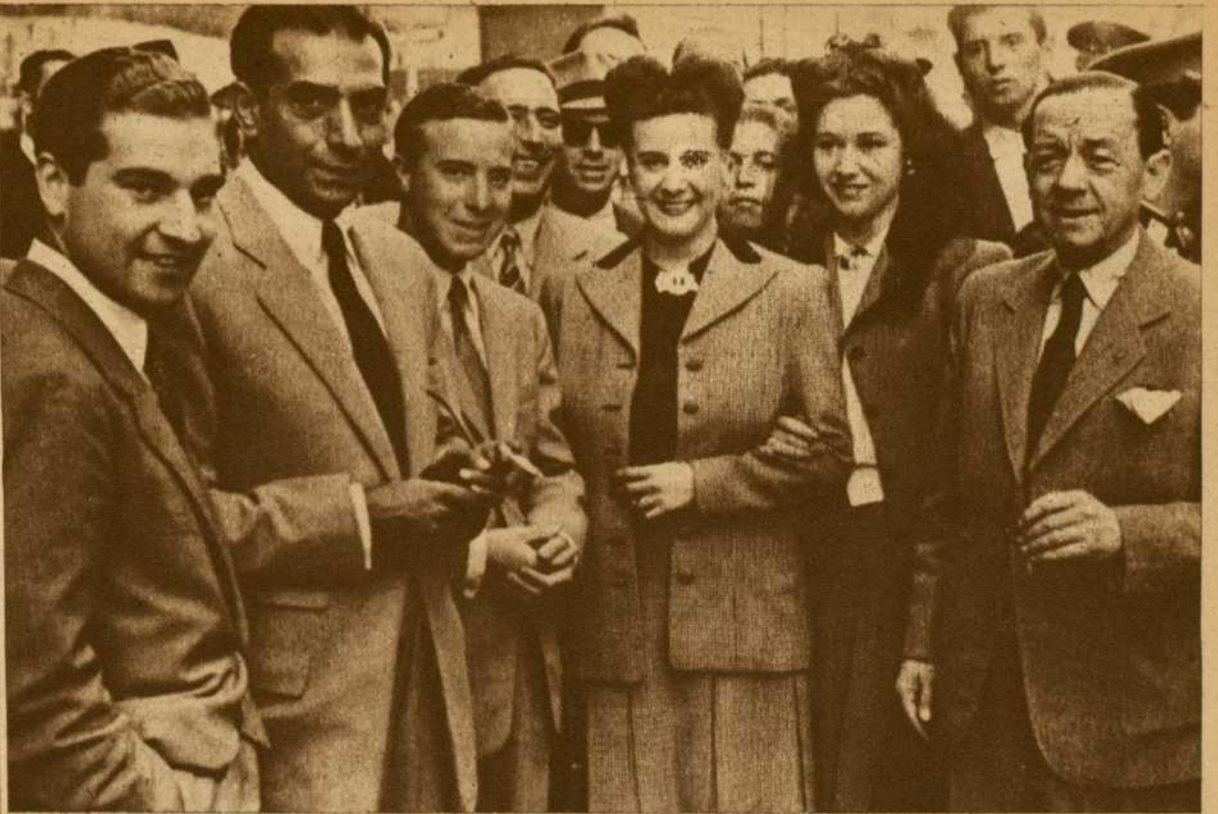
—¿Tienes algunas noticias del ambiente que tu nombre ha provocado en Méjico?

—Sí... y precisamente por vía muy directa. Un periodista mejicano, llegado recientemente a España, nos estuvo contando, hace unos días, que la noticia del arreglo del pleito había sido acogida muy favorablemente por la afición. En cuanto a mí, llevo un nombre que es bien conocido en todas las Plazas de toros de América.

Hemos llegado a la placita de Santa Marta. Allí repite Luis Arenas la postal turística. Después se deshace la reunión. Saludos, ofrecimientos...

Y feliz viaje.

FRANCISCO NARBONA



Antoñito, Cagancho, Pepe Luis, Aurora Redondo, Angelines Puchol y Valeriano León hacen un alto en el paseo para dar lugar al fotógrafo a que tire esta placa



Manolo Caracol sale por seguirillas, mientras Valeriano y los tres diestros le escuchan atentos



Valeriano León habla de toros con Pepe Luis y parece indicarle el tamaño de los astados (Fots. Arenas.)

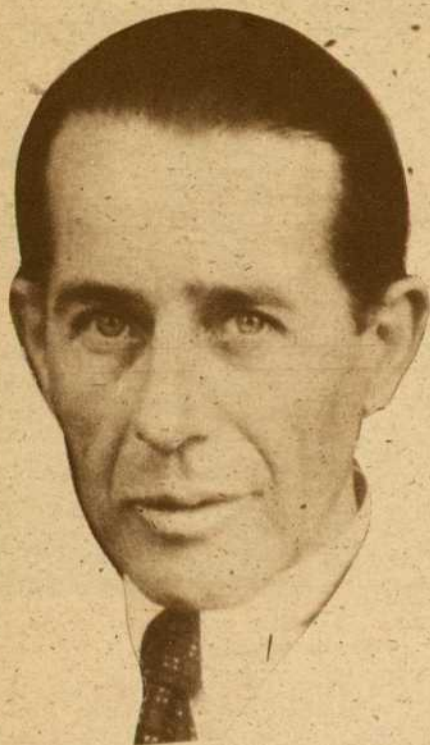


Otra clásica postal. Cagancho, que por sexta vez atraviesa el Atlántico, con sus compañeros de viaje, Pepe Luis y Antonio

GENIO Y FIGURA

De Pacorro

a Don Francisco Díaz



DA gusto pasear por el Retiro estos días claros de octubre. Poco gente en el Parque. El suelo está mojado y escurrido y la tierra exhala olor a hojas muertas. De común acuerdo con mi amigo Pacorro, hemos preferido deambular por las umbrías alamedas a encerrarnos en el café angosto y vocinglero.

Figura interesante la de este hombre que silenciosamente me acompaña. En el toreo, lo fué todo; becerrista, a la edad que los chicos canturrean la tabla de sumar; novillero, cuando muchos empiezan con los becillos, y matador de toros, siendo casi un adolescente.

Su estilo de torear bruido en la escuela sevillana de más finos matices, tuvo como notas dominantes la elegancia engarzada en una lentitud de escalofrío inacabable. Paco Díaz, símbolo de la exquisitez en el toreo, fué en aquella época del toro con sentido y respeto, el precursor del toreo actual. El fué el primero en torear cerca, quieto y pausado cuando el mantazo al buen tun-tún, el largar tela y el exagerar la abertura del compás eran moneda corriente en los ruedos.

Saboreando el paseo y deteniéndonos acá y allá, voy arrancando al ex torero sevillano su rosario de recuerdos.

—¿Cómo siendo usted de familia acomodada se entregó al toreo desde muy niño?

—En efecto, mi padre era hombre muy adinerado y yo me crié rodeado de molicias y comodidades. Bien fuera por su trato liberal y espléndido con exceso o por aventurarme en negocios desgraciados, el caso es que nuestra fortuna vino a menos y con el fallecimiento de mi progenitor se marchó la llave de la despensa.

—¿Qué años contaba usted y cómo trabó amistad con Joselito?

—Tenía yo escasamente unos ocho años, y por distraerme accedí mi buena madre a que fuera a la Alameda de Hércules, a ver jugar al toro a los muchachos. El que muy pronto había de ser primer torero de la época, era por entonces el jefecillo de la turba de incipientes torerillos. Un día, el menor de los Gallo reparó en mí y me dijo: «Ven acá, niño nuevo, que yo te dejo que torees con nosotros!» Y él mismo me entregó el trapo que le servía de capotillo, y tan pronto lo tuve en mis manos procuré imitar cuanto al pequeño maestro había visto hacer, y tan a su gusto debí comportarme, que desde aquel momento me tomó bajo su protección, asegurándome un gran porvenir.

—¿Data de entonces su ingreso en la «cuadrilla de niños sevillanos» en calidad de banderillero?

—Contaba once abriles cuando Joselito, que ya había constituido cuadrilla con Limeño, me insistió una y otra vez a que dejara las cornamentas de juguete por las de los becillos y entre él y su madre, la inolvidable señora Gabriela, que me cobró un gran cariño a puro de frecuentar su casa, acabaron por convencerme e ingresé en la cuadrilla como banderillero, pero al poco tiempo ascendí a sobresaliente con obligación de matar uno de los becillos.

—¿Quiénes integraban la pequeña mesnada?

—Dichos ya quienes eran los matadores y el sobresaliente, falta decir los nombres de los rehileteros. Estos eran: un sobrino de Cara-Ancha, Francisco Arjona, Torerito; un hermano de Limeño; José Pérez, Manchao, y un sobrino del Rerre.

—¿Cuándo se emancipó usted para formar cuadrilla por su cuenta?

—En ocasión de presentarse en Madrid Joselito y su compañero como novilleros, yo los dejé para constituir cabeza de cuadrilla con José Sánchez, Hipólito. Toreamos juntos durante dos años, recorriendo casi toda España en plan de matadores de novillos. Recuerdo de una corrida de Corras que toreamos en Sevilla, que los pesos dados al día siguiente por el crítico «Don Criterio», de *El Liberal*, eran los siguientes: 283 kilogramos, 287, 279, 285, 284 y 280.

—Vamos, poco más o menos como los novillitos de ahora. ¿Algún recuerdo de su presentación en la Plaza de Toros de Madrid?

—Uno muy destacado para mí. El que por poco mi presentación en Madrid estuvo a punto de dar al traste con la gran amistad que siempre me unió con el malogrado José.

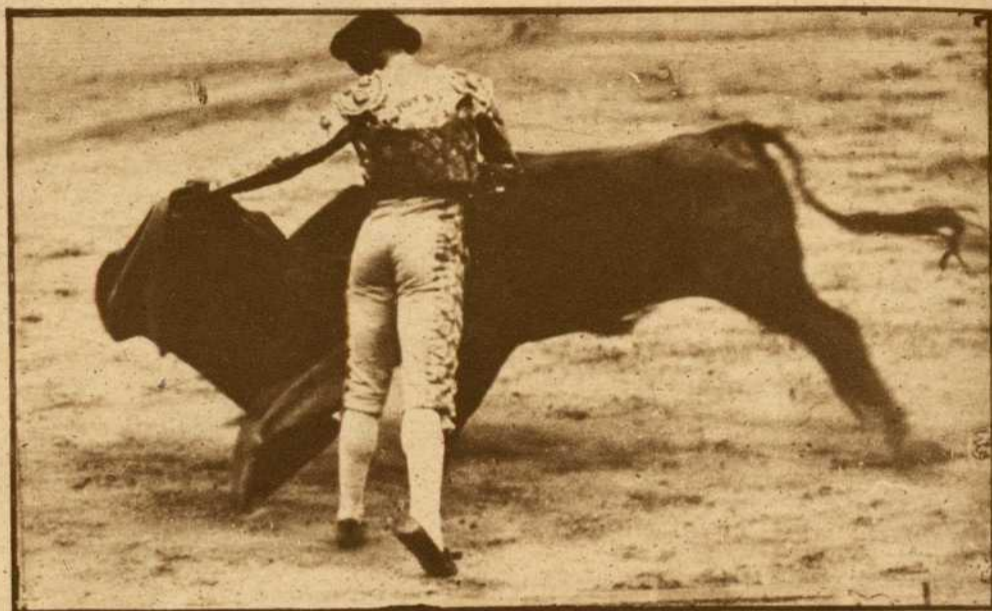
—¿Cómo fué eso?

—Pues que interpreté que Joselito, hasta entonces mi mentor y consejero, no tomaba muy a pecho mi presentación a la Empresa madrileña. Y todo era que lo que pretendía es que viniera en las mejores condiciones para conseguir el triunfo. Pero mi juventud, que no se avenía a dilaciones ni retardos, me llevó a pedir a Juan Belmonte prohirara mi presentación. Juan, con la grandeza de alma que siempre le caracterizó, no paró mientes en que yo fuera el niño mimado de su rival y accedió a presentarme a Retana, haciendo causa de honor el que me diera una corrida.

—¿Y que fué con ganado de Surra, según mis noticias?

—En principio estaba designada una corrida de Trespalacios, chica y liviana de pitones, con gran contento de Belmonte. Pero a última hora la Empresa la sustituyó por otra de Surra, de características opuestas a la anterior. Fué el trianero a verla y considerándola poco propia para mi debut, intentó disuadirme de que la torear. Yo, que estaba decidido a no regresar a Sevilla compuesto y sin corrida, le dije que la torearía por encima de todo, y llevado de mi ardor afirmé que cortaría una oreja.

—Como así ocurrió.



Un magnífico lance de capa del que fué un día gran torero Francisco Díaz, Pacorro

—Déjeme usted continuar. Juan, en vista del fracaso de sus razonamientos, se despidió de mí por tener que torear en Málaga, el día de mi debut, un 5 de septiembre de 1915. Acompañé a Valencia I y a Antonio Lobo, Lobito. Ya en el primer toro hubo petición, y antes de que saliera el sexto dije a mi hermano Fernando, que me acompañaba como banderillero: «Ya verás como en este toro me la llevo». Como estaría, que después de darle una larga cambiada y de banderillearlo, al segundo paso al natural ya la gente pedía la oreja, cosa inusitada en aquel severo público madrileño. Tuvo suerte al herir, y una oreja se quedó entre los del tendido y otra me llevó a Sevilla. ¡Lo que gocé yo al redactar los telegramas comunicando la noticia a Juan y a José! Tanta, como la sincera alegría que ambos experimentarón.

—¿Cómo usted, que tan fácilmente escaló uno de los primeros puestos entre los novilleros, se durmió en verificar la alternativa?

—Sería muy largo de referir. Bástele saber que en ello participaron los manejos de Retana y mi mala administración. Al fin, pude llevarla a cabo el 11 de agosto de 1918, durante la semana grande de San Sebastián. Actuó de padrino Joselito y Fortuna de testigo; el ganado fué de Murube. Al mes siguiente la confirmé en Madrid, cediéndome Saleri II el primer benjumeo de la corrida. El sexto, al entrarlo a matar, me cogió en los estertores de la agonía y, empujándome, me dejó sin sentido y cubierto el rostro de sangre. Todos creyeron que me había matado. Por suerte, no pasó de una conmoción cerebral y de la rotura de algunos huesos de la nariz.

—Su mejor temporada...

—... fué, sin duda alguna, la de 1919, en la que actué en casi todas las ferias. Al concluir en España, me trasladé a Venezuela.

Me abstengo de preguntar a mi amigo las causas de su decadencia. Si su nombre no quedó por muchos años en el recuerdo de las gentes, más que a desfallecimientos de su afición y de sus facultades, fué motivada por causas íntimas cuyo recuerdo sólo serviría para revivir dolores pretéritos. Lo que los toros no llegaron a conseguir, lo hizo otro género de males. Ellos aportaron a Pacorro el terrible cansancio de la resignación y una laxitud que lo aplano y le llevó las carnes y puso arrugas en su rostro.

Hoy le vemos actuar muchas tardes como asesor en el palco presidencial de la Monumental de Madrid, y desde allí acalla la nostalgia de días mejores.

Hace ya tiempo que trascurrimos las puertas del Retiro. Nuestro paseo ha terminado y Paco Díaz se despide para incorporarse a su cotidiano trabajo en uno de los cines de la Avenida de José Antonio.



Pacorro recibiendo la alternativa de manos de Joselito, en San Sebastián, el 11 de agosto de 1918

TIEMPOS VIEJOS

MINUTO Y SUS FANTASMAS

Por M. BARBERI ARCHIDONA



Era pequeño, tan pequeño, que su minúscula silueta producía temor y una cierta ternura cuando se le veía enfrentarse con el toro y desaparecer casi ante su mole arrolladora y oscura.

Un día toreaba en Madrid con don Luis Mazzantini, y el apolíneo lidiador le gastó una "chufia", que no le cayó bien al nervioso sevillano:

—¡Minuto! ¿Dónde está Minuto—empezó a preguntar don Luis, como si su cabeza se hubiera escabullido entre los grumos de arena amarilla del ruedo.

—¿Dónde está Minuto?

—Aquí estoy, don Luis—respondió el torero engallándose—, y fíjese "osté" bien en mí, que le voy a dar la tarde...

Se la dió. Aquel hombre chiquitín era de una valentía ciega. No tenía la idea del peligro. Le era lo mismo colgarse de un pitón si con ello satisfacía su amor propio.

Tenía talento, garbo, simpatía... Una simpatía extraña. Porque Enrique Vargas no tenía el carácter fácil. El que "se le atravesaba" podía estar seguro de que entre ellos se opondría siempre una animosidad obstinada. Entre sus grandes antipatías se contaba Guerrita.

El Minuto no podía ver a Guerrita. Como el torero cordobés era tardo de ingenio y de palabra pr miosa y torpe, el travieso sevillano esgrimía contra él su ingenio fino y acerado como un estilete, y hacía a su costa epigramas mordaces. Al Guerra le hacía, a veces, gracia.

—¡Esta mona—decía—, que "paese" una mona!

Era aquel epíteto el que mejor convenía a la inquietud gesticulante de Minuto, de quien había dicho un ingenio de la época en las hojitas—encuadradas en caluloide blanco—de aquel popularísimo "Calendario de Regino Velasco":

*En la redondez del mundo,
desde Cantón a Corfú,
no hay Minuto como tú...
—quiero decir: sin segundo.*

¡Pobre Minuto! ¿Qué avatar le había llevado a la torería, si él, en realidad, había nacido para más elevadas empresas?

Aquel hombre pequeño e impresionante como un personaje de Hoffman, se creyó siempre un genio malogrado... Y acaso lo era. Sin cultura, sin medios de procurársela, había conseguido, a fuerza de paciencia y de un talento natural que ofrecía, a veces, d slumbrantes destellos, poner su vivo ingenio en actividades más conformes con su verdadera vocación. Minuto quería ser inventor. Se pasaba las noches imaginando y calculando máquinas y aparatos para usos diversos. El fue quien proyectó y realizó con sus propias manos un modelo de peto para los caballos de lidia, que es, con poquísimas variantes, el que se usa actualmente. Trabajaba, a lo que parece, en un modelo de salvavidas, que ha quedado en el incógnito; llevaba los bolsillos repletos de apuntes, de cálculos, de proyectos...

De una habilidad manual extraordinaria, él mismo se hacía sus zapatos y sus trajes, y hasta los toros de torear, a los que dedicaba largas y minuciosas veladas.

Su actividad necesitaba verterse incansablemente en algo que aplacase su mente enfebrida, algo que le entretuviera constantemente y no le dejara pensar, porque Minuto era víctima de una ignorada y tenebrosa tragedia...

Su esposa llevaba muchos años encerrada en un manicomio. Una de sus hijas acusaba también síntomas de demencia precoz, que tuvieron, a la postre, un dramático desenlace. Y él mismo... ¿qué extrañas visiones, qué recuerdos perturbadores se asomaban a su conciencia, agitando, desconcertándole súbitamente, haciéndole caer en accesos delirantes, a veces en medio de una de sus más lucidas faenas?

Sombra triste de sus pasos, resignada sombra, ligada a él por un triste destino; una mujer, ojerosa, triste, suspirante, presenciaba estas crisis alucinadas y tenía, acaso, la clave sentimental que las producía.

—Es que "la ve"—explicaba, cada vez que Minuto entraba en uno de sus períodos de inconsciencia.

"La veía", a veces, al pie de su cama; a veces, en la plaza, gesticulando, junto al toro que él debía lidiar y haciéndole huir, súbitamente horrorizado; a veces, a su lado, en la mesa, o tras el mostrador de la taberna donde iba a anegar en ohatos de manzanilla sanluqueña aquella pena sin bordes y sin fondo.

¿A quién "veía" Minuto? ¿A su esposa? Y, ¿por qué? ¿Qué acusación terrible se levantaba en aquella visión, cada vez más frecuente, más amenazante, más trágica?

Tuvo, por mi desgracia, ocasión de presenciar una de aquellas impresionantes crisis.

Minuto había venido a mi casa, acompañado, como siempre, por la sombra melancólica de su cuñada, para someter a la opinión de mi padre el manuscrito de su zarzuela "El Sevillanito"; porque a última hora, el torero aspiraba a ser hombre de letras.

Habían entrado en la sala, donde yo—a la sazón de pocos años—me encontraba estudiando el piano. Apenas me vió, Minuto vino hacia mí y, cavándome las pupilas un poco extrábricas, lo que me produjo una desagradable impresión, me preguntó:

—¿Sabes tocar "El anillo de hierro"?

Le dije que sí, y me rogó que lo tocas.

—No, no lo haga—interrumpió, vivamente, su cuñada—, no le haga caso.

Insistió Minuto con un tono que no admitía réplica, y yo comencé a tocar la obra pedida. Apenas había interpretado unos compases cuando el torero pareció caer en un violento acceso de dolor. Se retorció las manos, se mesaba los cabellos, vacilaba y tropezaba en los muebles, y al fin se desplomó sobre unas butacas, sollozando:



En esta página: Tres épocas distintas del pequeño y gran torero sevillano Enrique Vargas, Minuto



—¡Está ahí! ¡Está ahí! ¿No la ves?

La cuñada, deshecha en llanto, le socorrió con frases de misericordia. Clavó en mí una mirada abrasada de lágrimas y me reprochó, dulcemente:

—¿No te dije que no lo hicieras?

Yo me había levantado del piano y huí, corriendo, por los pasillos. Fué una impresión que no olvidaré jamás.

Después de una vida extraña y desgraciada, en la que no pudo obtener ninguna de sus ilusiones; tras de jugarse la vida cada tarde en los ruedos, escapando de la ronda pavorosa de sus fantasmas, que cada vez le acosaban con evocaciones y remordimientos más torturadores, Minuto, reducido a la miseria, fué a parar a un asilo de ancianos de Sevilla. Allí murió, intentando realizar sus inventos, y ya convertido en un viejecito dulce, silencioso, de sonrisa casi perenne.

Las monjitas decían de él:

—Es muy bueno y muy útil...

Sus fantasmas parecían haberle abandonado.

Sólo al morir, alguna antigua visión casi olvidada debió venir a posarse a los pies de su catre humilde de asilado, por cuanto el antiguo torero, antes de enmudecer para siempre, murmuró—al decir de los pocos que le rodearon en aquel trance—ya sin terror y sin angustia:

—¡La veo! ¡La veo!

LA PLAZA DE TOROS MAS PEQUEÑA DEL MUNDO

La construyó D. Juan de Mata
Aguilera y tiene más de cuatro
mil figuras; su autor la valoró
en treinta mil reales

Por J. HERNANDEZ PETIT



Joaquín Aguilera abarca la totalidad de la Plaza que construyó su bisabuelo, don Juan de Mata, de enero de 1843 a agosto de 1846



El actual propietario de la Plaza más pequeña del mundo, muestra a nuestro colaborador detalles de las pequeñas figuras

De aquella plaza de toros que estuvo situada en avanzadilla a la izquierda de la Puerta de Alcalá, según mire el espectador de hoy, de espaldas a ella, hacia el barrio de Salamanca, existe una reproducción en miniatura y talla policromada, maravilla de exactitud. Para mejor hablar con propiedad, se trata sólo de media plaza. Por estas fechas en que vivimos hace un siglo—enero de 1843 a agosto del 46—la construyó don Juan de Mata Aguilera y Arroyo, bisabuelo de Joaquín Aguilera Alonso, jefe nacional de Educación y Descanso, su actual propietario.

Teníamos noticia de que existía esta reproducción, como posiblemente los sucederá a gran número de aficionados a los toros. Pero hay que situarse junto a ella; hay que verla, observarla y analizarla minuciosamente; hay que tener en cuenta los cientos y miles de horas que se invertirían en construirla; hay que pensar, por tanto, en la afición, paciencia, perseverancia y tesón de su autor para admirarla tanto como se merece. Y, además de por su arte innegable e innegable, porque en el ruedo del modelo—plaza que mandó construir Fernando VI en vista del

auge que por aquella época tomaba la fiesta nacional—, vieron, los madrileños y españoles de entonces, actuar a partir de su inauguración a los que podémb llamar verdaderos artifices de tan apasionante profesión; a Francisco Romero, el zapatero de Ronda, primer «matador» de toros a pie y con estoque, y a los hermanos Palomo, que en la plaza de Sevilla (1748) habían ya matado dos bichos con gran acierto: Juan esperando la embestida del primer toro y Pedro lanzándose sobre el segundo. O sea que fueron ellos los iniciadores en ejecutar la suerte de recibir y el volapié, hoy tan en desuso la primera, desgraciadamente.

A muchas divagaciones nos llevaría la plaza de toros de la Puerta de Alcalá, a que nos referimos. Tenemos que frenar nuestra pluma. Queremos hoy circunscribir nuestro trabajo para EL RUEDO a la reproducción en sí, de la que son admirables fotografías estas de Montes, que darán tal vez algún valor a cuanto podamos escribir aquí.

—Di—preguntamos a Joaquín Aguilera—; tu bisabuelo, ¿era madrileño?
—No; nació en Toledo el día 8 de febrero de 1791. Militar, llegó a ser capitán. Después de tomar parte en gran número de batallas, se retiró, y aunque volvió a ingresar con categoría de teniente coronel, en el 40, después de quince años, hubo de darse de baja por enfermo, con el cincuenta por ciento de sueldo de capitán de Infantería, o sea trescientos sesenta reales de vellón.
—¿Era, según parece, muy aficionado a los toros?
—Todos los escritos que conservo lo prueban.
—Y artista...
—Ya ves... Parece ser que también tenía grandes disposiciones para la pintura.
—Y, ¿tú no sabes si tuvo algún asesor...?
—Sí—me interrumpió—, era amigo suyo, íntimo amigo, el célebre matador de toros Montes. Este y otros amigos de la tertulia le visitaban durante las horas de trabajo, ayudándole en su menester.
—Mejor que yo, ¿quieres ser tú quien haga la descripción para los lectores de EL RUEDO?

—Representa poco más de la mitad de la plaza que se copia, con sus palcos, gradas, tendidos, toriles y barreras, con arreglo y proporción a una escala rigurosa. En el de mi ruedo hay tres picadores en suerte: el primero está debajo de su caballo e intentan sacarle sus compañeros y gente de plaza; el segundo está recibiendo al toro y éste tiene al caballo en él costado derecho, obligándole a levantarse sobre el cuarto trasero; y el

tercero, en fin, espera a que el toro salga de la suerte anterior. En el redondel también están representados los banderilleros, que aguardan su turno para entrar en suerte. Se ven en las barreras alguacillos, picadores en descanso, gente de la plaza y vendedores de frutas. Aquí—añade—, sobre la meseta de toril, se ve al mozo de la plaza que pone la divisa a un toro. Y más atrás, la música ameniza el espectáculo, y los timbales y clarines que anunciaban, como hoy, los cambios de suerte.

—Ahora hálame del exterior de la plaza.
—En las afueras están repartidas muchas figuras: vendedores de agua, de frutas...; pobres, chicos jugando y curiosos en espera de noticias de la corrida. También en el exterior, a uno de los lados, se ve el sitio donde se llevaban los caballos muertos o a medio morir, los toros después de dejarlos las mulillas y el carro de la carne.

—¿Sabes dimensiones?
—La totalidad de la obra está construida sobre un plano rectangular de ochenta centímetros de fondo por un metro treinta de frente. El ruedo tiene un diámetro interior de 0,77 metros, y exterior de 1,20. Su altura es de 0,23 metros. Las figuras de los toreros y espectadores tienen a su vez 0,03 metros, y a su exacta proporción están representados los caballos, los toros, el carro, etc. Como ves, en junto, está colocada sobre un mueble con urna de cristales, que se puede quitar con facilidad.

—¿Cuántas figuras contiene?
—Más de cuatro mil. Los toreros visten la antigua usanza y los espectadores están policromados, con trajes de paisano de las distintas regiones españolas y con los diferentes uniformes españoles de su época. Todos están en animadas posiciones, propias de la fiesta llena de color, luz y alegría que presenciaban.

—Una vez que tu bisabuelo terminó su obra, pasados los tres años y medio de realización, ¿qué hizo con ella?

—La presentó a Sus Majestades, que se lo agradecieron mucho. Después, a partir del 21 de septiembre de 1846, fué expuesta al público en la Puerta del Sol número 7, segundo, a cuatro reales la entrada. Fué visitadísima. Más tarde, en el año 1851, fué llevada a la Exposición de Londres, donde causó tan unánime admiración que todos los periódicos se ocuparon de ella. Es curioso leer *The Illustration*, número 484, fecha del 10 de mayo de 1851: «... no nos conformamos con que sea obra de un español; creemos más bien que haya sido hecha por algún alemán, francés o chino, aunque más bien creemos lo sea por este último. Replicó mi bisabuelo privadamente, en carta, y no de muy buen humor precisamente. Decía a su íntimo amigo en Londres, don Isaac Villanueva: «Vaya con el conocimiento que tienen los hombres de lo que son nuestras corridas de toros!... ¿Quién si no un español puede representar la fiesta con la propiedad que se requiere? Aun yo mismo, acostumbrado a presenciarla desde mi niñez, he tenido que asesorarme para la colocación de los chulos del mismo Montes, que tuvo la bondad de dirigirme. Como últimos detalles, Joaquín Aguilera, deferente, jovial y conversador amenísimo, nos dijo que su autor la valoró al concluir en treinta mil reales. El mueble le costó trescientos reales y ciento cuarenta y ocho el fanal. Sinceramente, creemos que hoy su valor es incalculable. Se trata de uno de los pocos documentos, meritísimo, que quedan de aquella plaza ya casi olvidada, del Sante Hospital, en la que, durante

cento veinticinco años se celebraron ocho mil ochocientas diez corridas—sin contar las novilladas—y fueron treinta y ocho mil cien los toros estoqueados.

Los archivos del Hospital registran tan sólo ocho desgracias. Tres toreros de cartel, José Delgado, Hillo; el Cano, y José Rodríguez, Pepete; los novilleros Parraga y Barragán; el banderillero Bocanegra; el picador Luna y el «capitalista» José Oliva: un lidiador por cada setecientas cincuenta y nueve reses bravas.



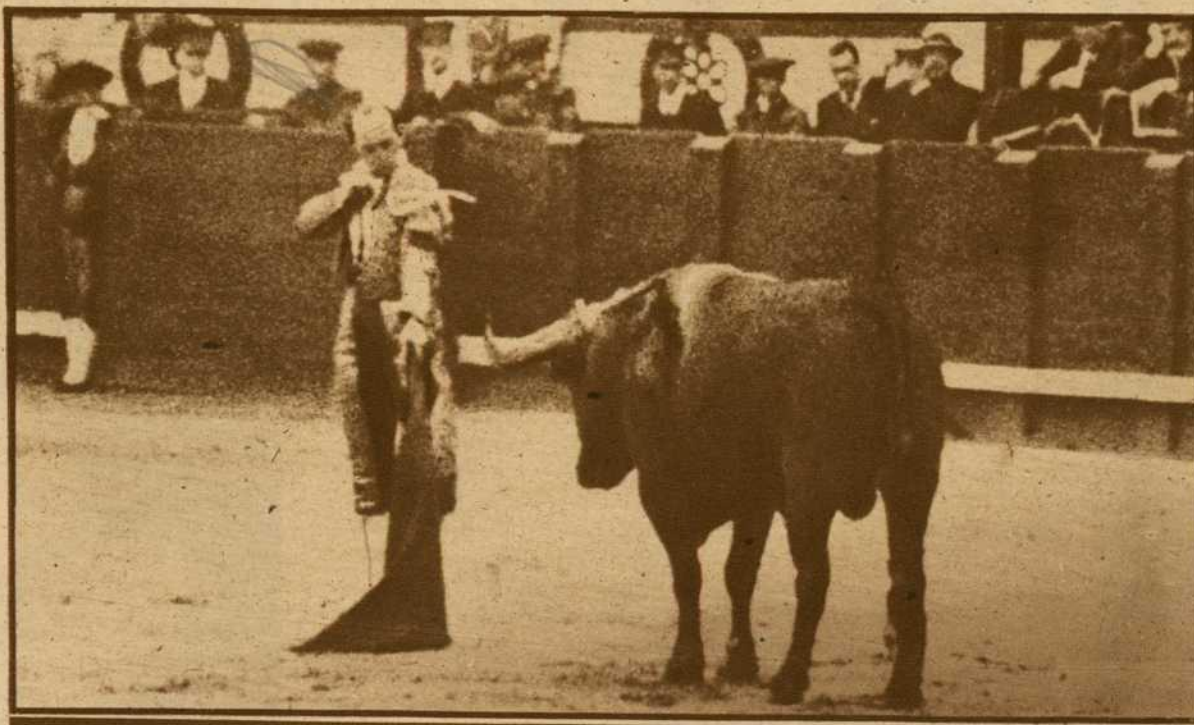
Curiosa fotografía con asomo de realidad

LA SUERTE SUPREMA

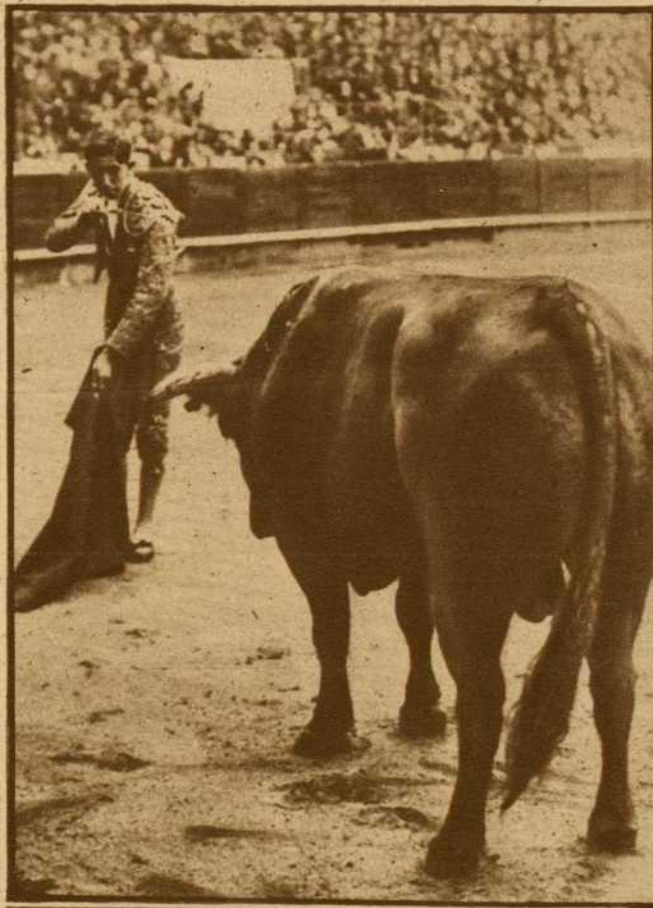
por FELIPE SASSONE

EN una serie de articulos sobre el trasteo, dejamos dicho que los toros se matan con muleta y estoque, y que por consiguiente no es matador de toros completo el que no sabe usar aquella, siquiera sea sólo para sujetar y cuadrar al bicho, aunque no se trate precisamente de un muletero adornado y florido.

Ahora diremos, una vez más, que se puede matar un toro con estoque y muleta sin haberlo trasteado con ésta. Insisto en que se le matará mal, aunque la estocada caiga en buen sitio, y se le matará mal por haber escamoteado la faena, por no haber «aliniado» y preparado al enemigo. De los toros que se matan así dicen los aficionados que «los mataron verdes». Pero el aficionado deberá tener en cuenta si este matar al toro antes de tiempo y de mala manera, sin cuadrarlo, depende de la falta de pericia o de voluntad en el lidiador, o de la imposibilidad de dominar al enemigo. Porque por mucho que se diga, es cosa absolutamente cierta que a ningún toro se le puede dominar y corregir sólo con la muleta. El toro ha de llegar al último tercio—hoy tendremos que decir, aunque sea a regañadientes, último cuarto—ya ahormado a medias por los picadores. Al toro con casta, con ímpetu, con bravura y poder, si no le hicieron sangre picándole en el morrillo, arriba y delantero, no hay torero que le pueda con la muleta. Según está hoy organizada la fiesta y teniendo en cuenta los caminos que sigue el gusto del público, todo torero que, en la imposibilidad de torear de muleta, tienda a deshacerse lo antes posible de su enemigo, será duramente censurado por los espectadores; pero hemos de reconocer que no siempre con justicia: para que se le pueda hacer faena, el toro ha de llegar a manos del matador bien picado, bien banderilleado y bien lidiado por los peones; de otra suerte es punto menos que imposible matarlo bien. Pero es siempre posible matarlo. Todo estriba en el «cómo». No me atrevo a asegurar si fué Frascuelo, pero me parece que sí, quien oponiéndose a la suerte a media vuelta, que se le antojaba alevosa por falta de riesgo, afirmó que todos los toros podían y debían matarse por la cara. La afirmación, además de valentísima, era exacta; pero no quería decir que a todos los toros se les pueda matar cuadrándolos y en la suerte legítima, recibiendo, arrancando o a volapié. Hay toros que no paran nunca, que gazepean o corren, y a tales bichos no hay más remedio que matarlos andando o a la carrera; yendo al encuentro de ellos o tapándoles la salida; tendiendo a asegurarlos de la estocada sin parar mientes en la correcta colocación del estoque. Este es el caso del metisaca en los bajos, que nunca es aplaudido, pero que muchas veces es el único recurso posible. Los toros suelen no parar, cabecear y defenderse, porque les moleste el limoncillo de la puya, si se le ha quedado dentro de la piel, o la mala colocación de una banderilla con la que pugnan por desprenderse de ella. Hay toros que por defensa humillan en cuanto el matador trata de igualarles, y no se les puede entrar a matar, porque teniendo la cabeza humillada, llevan un tiempo ganado y no tienen más que levantarla para oponerse al paso del estoqueador. A estos



Nicanor Villalta, el gran torero aragonés, perfilándose para entrar a matar (Plaza de Toros de Madrid)



Arnillita entrando a matar a un toro en la Plaza de Barcelona

toros no hay más remedio que entrarles a matar desde largo, aunque no estén igualados, porque haciendo el cite de lejos el toro levantará la cabeza para ver al espada y éste arrancará a matarle como en la suerte de banderillas al cuarteo. Al toro que se para, pero que ofrece otra clase de dificultades para el trasteo, se le entrará a matar cuando se detenga, aunque no esté completamente igualado. Todo dependerá de que en la desigualdad de las patas del bicho haya ventajas para el matador y no para el cornúpeta, y la ventaja es indudable que existe para el torero cuando el toro tiene adelantada la pata delantera de la sa-

lida, porque para arrancarse tendrá que avanzar antes la contraria, y así lleva perdido un tiempo y el espada puede ganarle más fácilmente «el tirón».

Desde luego, nos estamos refiriendo al caso o casos a que obligan los toros que no reúnen condiciones normales para la lidia con arte. La estocada a paso de banderillas, a la carrera, al encuentro, aprovechando el viaje del toro hacia alguna querencia, y la estocada con aviso, esto es, entrando a darla cuando el toro tiene el cuello vuelto atendiendo al capote de un peón, y la que se da al revuelo, y aun la misma estocada a la media vuelta—aunque aparezca airada para condenarla la sombra de Frascuelo—, constituyen, y debían constituir todavía, recursos indispensables para que el torero cumpliera con la obligación de matar todo lo que salga por los chiqueros. Esto era lo admitido hace ya mucho tiempo, cuando no se hablaba de estilo del toro, sino del estilo del torero, y se consideraba brava toda res que acometiese a los caballos. Hoy las cosas han cambiado; pero nos ha parecido de justicia y de obligación el dejar consignado que hay toros a los cuales no se les puede matar bien y hay que matarlos como se pueda. Es verdad indiscutible que todos los toros que embisten, y por consiguiente todos los toros que no son mansos absolutos, bueyes de arado o de carreta, tienen su lidia; pero no está escrito en ninguna parte que a todos se les haya de lidiar lo mismo y que no exista otro toreo que el artístico y de adorno, puesto que hay otro de habilidad y defensa. Ni a Enrique Vargas, Minuto, que en paz descansa, se le pudo exigir que ejecutase la suerte de recibir cuando

allá por el año de 1894 mató de noche un toro que se había desmandado en las calles de Sevilla, ni a Diego Mazquiarán, Fortuna, que también santa gloria haya, se le pudo pedir que matase en la suerte de legítimo volapié al buey bravo, que en época más reciente, mató en Madrid en la vía pública. Cumplían, excediéndose, su deber de matadores de toros, de mata-toros, y no era buena la coyuntura para que se entretuvieran en una faena artística que hubiera sido pengrosa e ineficaz. Pero lo mismo que a Fortuna y a Minuto les ocurrió en la calle, les suele ocurrir a muchos toreros en los ruedos. Y esto es lo que conviene dejar sentado, y ya hablaremos en crónicas sucesivas de cómo se mata bien al toro que reúne condiciones para ello, en la suerte de recibir, en la arrancando, en el volapié, a un tiempo, al encuentro, con los terrenos cambiados o cambiando los terrenos, en la suerte natural y en la suerte contraria. Y por hoy no va más, y que perdone la Retórica.

Al habla con

Don Alipio Pérez Tabernero



PUES, sí, señores. Don Alipio Pérez Tabernero, celoso criador de reses de lidia en el campo de Salamanca, tiene perfil de medallón antiguo, uno

de esos medallones con vitola romántica que de pronto encontramos al exhumar los recuerdos de la abuela en un día de tedio, guardados como reliquia en el más escondido rincón de la cómoda. Pero, además, don Alipio Pérez Tabernero, por su aspecto físico y capilar, nos retrotrae a la visión de aquellas viejas estampas de *La Lidia* en que se nos aparecía la noble efigie de un Curro Cúchares, matador de toros, o de un don Eduardo Miura, ganadero de leyenda. Sus pobladas patillas, partidas por gala en la prominencia del mentón, nos hablan de un hombre que, apegado al campo y a las faenas que entre los toros bravos y con los toros bravos hay que realizar, no se aviene ni se entrega al modernismo del rostro rasurado. Conserva su afición al campo y a la ganadería que posee. La tierra es nuestra madre y nuestro reposo, y el ganadero racial como a una madre la quiere.

Lo sorprendimos en su habitación de un céntrico hotel en el momento en que comunica telefónicamente con Matilla de los Caños, pueblo salmantino en cuyo campo pastan sus toros y se ponen los cimientos a la cosecha venidera. Y al labrador y ganadero, cuando habla con su hijo, no se le ocurre otra pregunta:

—¡Qué! ¿No llueve? ¿Dices que el aire es serrano? ¡Ya! Entonces, sí, lloverá; tiene que llover. Adiós.

Y los ojos claros del ganadero se vuelven hacia nosotros con un reflejo de alegría:

—En Salamanca también está nublado. Si no llueve se morirá el cincuenta por ciento de las reses. ¡Mal año llevamos!

Aprovecho esa oportunidad para preguntar a don Alipio si la endebles de los toros que corrientemente se lidian tiene su origen en la falta de pastos.

—Tiene su origen en eso y en otras causas que se ignoran. Desde luego, algo influye la escasez de pastos; pero como ahora la normalidad es un hecho, se encuentran piensos, cosa que hace algún tiempo era muy difícil conseguir. Puesto que el público pide toros con más presencia, esto no se podrá conseguir hasta dentro de tres años por lo menos. Precisamente a causa de esa escasez de piensos y de pastos vienen las camadas sin desarrollarse lo debido desde que nacen.

—Pero a ustedes les interesará salvar todas esas dificultades, ¿verdad?

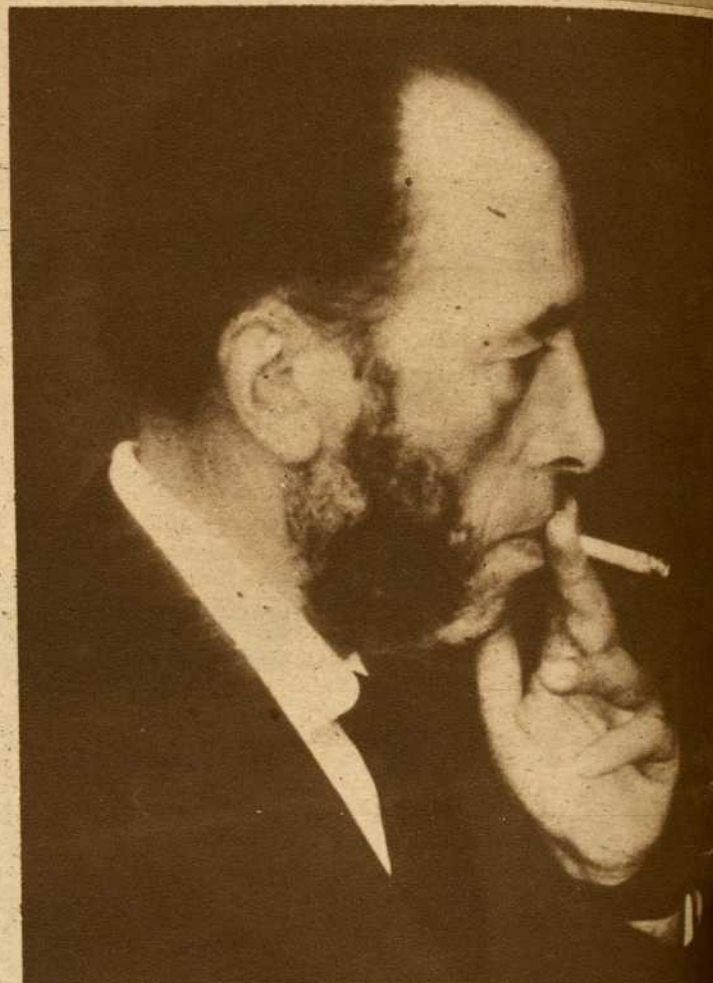
—Figúrese. Créame que nadie tiene tanto interés como nosotros en dar toros bien presentados; pero de momento es imposible, por la causa que antes le dije.

—Entonces no es cierto que los toreros exijan el toro pequeño...

—No es cierto. A los toreros no les importa el tamaño del toro, sino su forma de embestir, de mover la cabeza, que es donde está el peligro. A cualquier toro, por pequeño que sea, le sobra fuerza para dar la cornada. La prueba de ello es que la suele dar en el último tercio, cuando la res siente más el agotamiento.

—Sin embargo, no negará usted que existe una gran diferencia entre el toro de antes y el de ahora...

—En efecto; la diferencia entre el toro de antes y el que se lidia ahora es mucha, pero en lo que atañe al tipo y construcción. Una cosa es eso y otra muy distinta la casta. Los toros que se lidiaban hace treinta años eran más aparatosos, más



Don Alipio Pérez Tabernero durante su charla con nuestro colaborador

espectaculares que los que se lidian hoy, no sólo por el tamaño, sino por el pelo. Un toro berrendo, albahío o castaño «llena más la vista» que uno negro. En la cabeza de unos y otros también existe enorme diferencia. El toro antiguo era más cornalón, detalle que en aquella época no tenía importancia, porque las faenas ni eran preciosistas ni ajustadas, sino de pelea y preparación para la muerte.

—La suerte suprema, que se llamaba y se llama, aunque ya no sea tan suprema...

—Exacto. Pero observe usted que si el toro de hoy es menos cornalón, es más astifino y, por lo tanto, el peligro se ha aumentado, puesto que el genio del toro al mover la cabeza y la finura del pitón son los que hieren.

—¡Ya! De ahí que de vez en cuando la gente hable del «afeitado»...

—Yo de eso no sé nada. Como le decía a usted, refiriéndome al toro de antes y de ahora, hay otras diferencias que debemos señalar. Por la rigurosa selección hecha durante muchos años, se ha llegado a un grado de perfeccionamiento extraordinario. Precisamente porque antes la selección era menos escrupulosa, el toro antiguo era más basto de extremidades, más pellejudo, más grande de pezuñas y papada y hasta más espeso de cola. Sin embargo, tenía menos fuerza que el de ahora, que está mejor musculado; más peso en el arrastre, pero no en canal, ya que a los toros antiguos se les calculaba un cincuenta por ciento de rendimiento, mientras que a los de hoy se les supone un sesenta y dos. ¿Usted se acuerda de las pruebas que se hicieron en la Plaza vieja de Madrid?

—No había nacido.

—Pues hubo una corrida de Santa Coloma que dió un se-



"Una cosa es el tamaño del toro, y otra, la casta"

♦
"A los toreros, lo que les importa, es la forma
de embestir de la res y de mover la cabeza,
que es donde está el peligro"

enta y dos. Se ha afinado tanto en ese aspecto, que la ca-
peza, piel y pezuña dan un peso insignificante si se la com-
para con el que daban en otra época que tanto se añora.

—Entonces, ¿usted cree que lo del peso y tamaño de
los toros que se juegan hoy no tiene importancia?

—Claro que sí; pero le digo que estos toros tienen más
casta, sangre con más genio. Antiguamente, cuando un
toro salía del chiquero, estaban ya en la Plaza los tres pi-
cadores. Esto era una gran ventaja para el toro, que se
arrancaba al caballo con todas sus facultades porque no
había recibido ningún recorte. Podía derribar sin recibir
castigo. Ahora, antes de que los caballos salgan al ruedo,
los peones han dado al toro cuarenta capotazos para fi-
jarlo, y el matador una buena tanda de verónicas que
quebrantan al bicho antes de ponerle en suerte para el
primer puyazo.

—¿Influirá todo esto en la fortaleza del toro?

—Figúrese. Hay tres factores esenciales: el peto, la
puya y la manera de picar. El peto evita muchas veces
la parte desagradable de la fiesta, y por ello no debe des-
aparecer, pero perjudica enormemente al toro, que al
no enganchar se desengaña, porque cornea en duro, y
como no huele la sangre del caballo, su excitación es
mucho menor que en aquella otra época. Entonces daba
la cornada, y la sangre del caballo le corría por la testuz
hasta llegarle a los morros.

—Luego los petos
han favorecido a los
picadores, perjudican-
do el lucimiento del
toro, ¿no?

—En efecto; así su-
cede. Como el caballo
no se siente herido, ni
rebota ni se sale de la
suerte, y el picador pue-
de meter el palo con más seguridad y fuerza. Cuanto más recarga el
toro en el caballo, más castigo recibe.

De ahí que muchas veces con dos puyazos es preciso cambiar
el tercio; pero esos dos puyazos equivalen a los diez o doce que
antiguamente tomaban los toros.

Ahora, entre poner al toro en suerte, los lances de capa de los
matadores en los quites, doblándose mucho, y los capotazos de los
peones, el toro llega agotado al último tercio.

—¿Y qué me dice usted de este tercio tan interesante?

—Pues que también ha cambiado para el toro de ahora. En los
toreros antiguos, la faena de muleta se limitaba a unos cuantos
pases para ahormar la cabeza al bicho e igualarlo para entrar a
matar, generalmente al hilo de las tablas, ya que, como tenía me-
nos casta, buscaba la defensiva refugiándose cerca de la barrera.
En cambio, al toro que se lidia hoy se le dan infinidad de muleta-
zos, todos ellos en el tercio o en los medios, donde el torero quiere
llevarlo... Hay toreros que llegan a realizar tres faenas de muleta
al mismo toro, y observe usted que el astado que aguanta esta lidia
tiene que tener mucha bravura para no desengañarse y más nobleza
para no demostrar sentido con lo que le enseñan.

—¿Quiere usted decirme qué diferencia encuentra entre el to-
reo de ayer y el de hoy con relación a las condiciones de los toros?

—Pues que en el toreo moderno, y con estos toros, es precisa-
mente el toro el que gira y se mueve alrededor del torero, mientras
que antiguamente era el torero el que andaba alrededor del
toro.

—¿Cree usted que los toros de hoy son más bravos que los de
año?

—Indudablemente. Tienen más temperamento y resisten con
la misma bravura todos los tercios de la lidia, que, como usted
verá, son agotadores.

—¿Qué criterio tiene usted sobre el peso de los toros?

—Que no debería existir el tope. Según la casta, puede haber
toros con 250 kilos muy bien presentados, que el público ovaciona
porque están gordos, y otros con 280 son protestados porque pare-
ce que tienen menos peso. Depende del esqueleto. El toro cebado
no puede dar buena lidia porque se asfixia, ya que a ese esqueleto
se le pone más carne de la que le corresponde. Y los movimientos
de este toro serán torpes.

—¿Tiene alguna relación el peso y tamaño de los toros con la
edad?

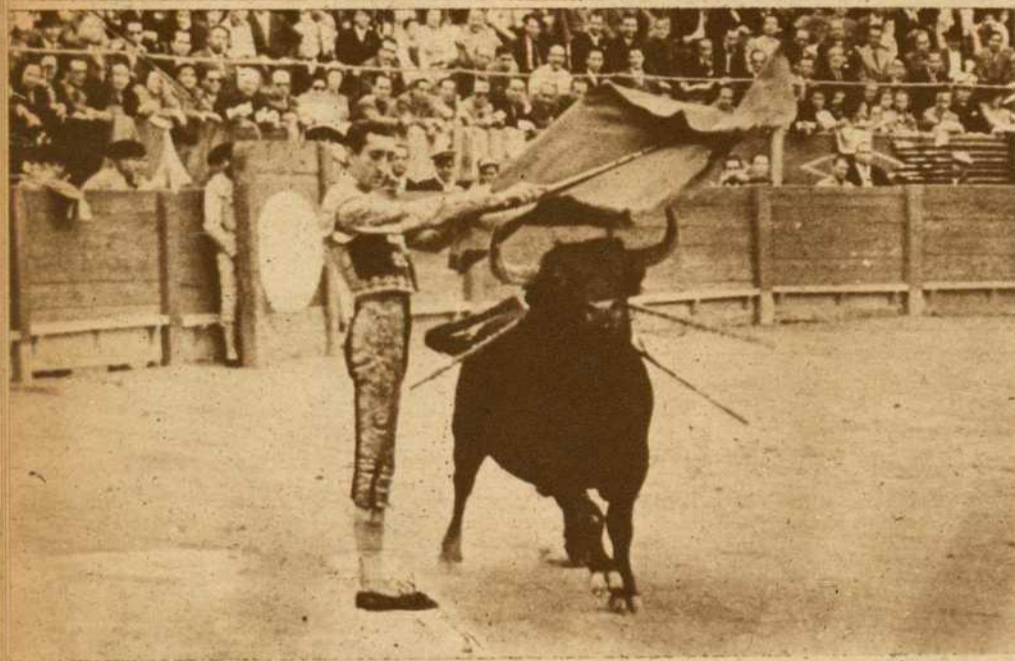
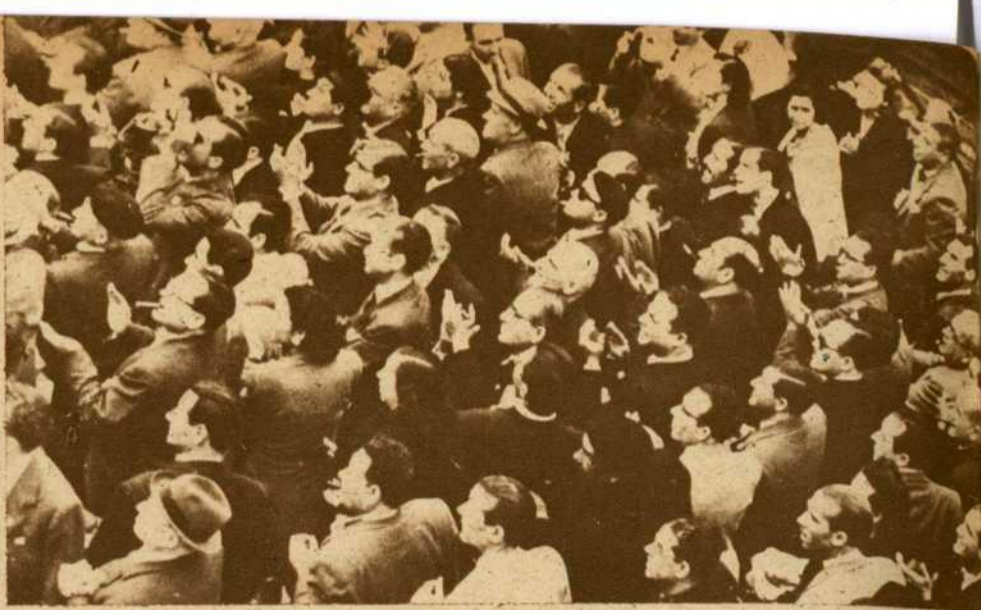
—Ninguna. ¿Se acuerda usted de los toros míos que lidió Arru-
za? Pues el único toro que me multaron por falta de peso en aque-
lla corrida tenía cinco años.

En mi conversación con don Alipio Pérez Tabernero nos aden-
tramos también en el aspecto sentimental, anécdotas y episodios
a los que da lugar la cría de reses bravas. Pero cortamos la charla.
Salimos a la calle sembrada de asfalto y llueve en turbión, torren-
cialmente.

Ojalá llueva así en el campo donde este ganadero, con perfil
de viejo medallón, tiene sus toros. Allí y en el resto de España,
para que luego no se pueda achacar a la falta de pastos ese micros-
cópico tamaño que suelen tener los toros de lidia en las corridas
de lujo.



prestigioso ganadero salmantino en un instante de su
conversación

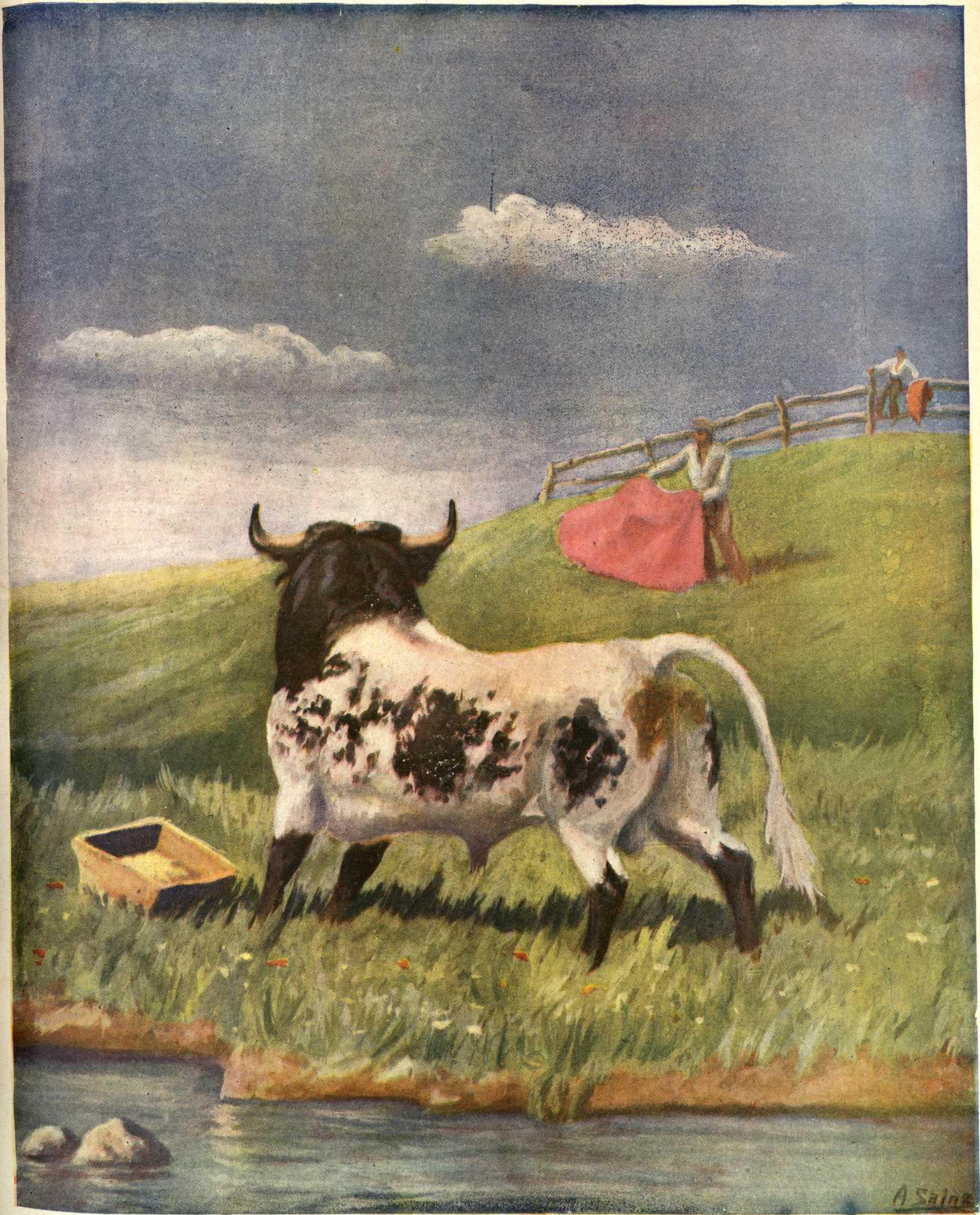


LA CORRIDA DE LA PRENSA EN ALICANTE

Seis toros del Duque de Braganza y dos de Belmonte para EL ESTUDIANTE, FERMIN RIVERA, MANOLETE Y LUIS MIGUEL DOMINGUIN

Reproducimos algunos momentos de la corrida de la Prensa de Alicante, que fué realizada con la asistencia de la señorita Carmen Franco Polo, que aparece en el palco saludando al público, que aplaude su presencia.—De arriba abajo y a la izquierda: Manolete en un pase por alto.—Una manoletina del cordobés.— El mejicano Rivera en un pase por bajo.—A la derecha: Luis Miguel Dominguin en un adorno y un farol de rodillas de Fermín Rivera. (Fotos Sánchez.)





Luego serán más chicos

(Dibujo de A. Sainz.)



ENRIQUE
SECURA